
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LA FÁBRICA DE ESTATUAS
CLARK CARRADOS

La figura de bronce osciló con cierta violencia.

—¡Cuidado! —gritó lord Guthford.

Era ya tarde. La Venus broncínea cayó al suelo, contra el que golpeó con fuerza.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Shorwin, sinceramente consternado.

En la metálica superficie se habían abierto varias grietas, algunas de ellas de una anchura superior al centímetro. La parte superior del cráneo, con su artístico peinado a la griega, se desprendió como un copete y rodó a un lado.

Un horrible hedor, insufrible, absolutamente nauseabundo, se esparció en el acto por el vestíbulo. Lord Guthford, no menos asombrado que los otros dos hombres, sacó un perfumado pañuelo y se lo puso ante la cara.

Shorwin perdió su habitual impasibilidad, la famosa impasibilidad de todo mayordomo británico, y, volviéndose a un lado, vomitó.

Por las grietas de la estatua salía un líquido verduzco en ocasiones, amarillento en otras, que no era sino materia en putrefacción. De la parte de la cabeza que se había roto, brotaba una masa de cabellos que habían sido originariamente rubios y que ahora poseían un color indefinible, mezclados con parte del cuero cabelludo, convertido en masa putrefacta y hedionda.



Clark Carrados

La fábrica de estatuas

Bolsilibros: Selección Terror - 50

ePub r1.0
Titivillus 22.02.15

Título original: *La fábrica de estatuas*
Clark Carrados, 1974
Diseño de cubierta: Jorge Sampere

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El relativamente joven lord James Willmont Guthford tenía motivos más que suficientes para sentirse satisfecho de la vida. Era reciente heredero de un título nobiliario y, además, había triunfado en los negocios. Tenía una mujer encantadora, dulce y discreta, cuya belleza estaba en el apogeo de su madurez a los treinta y cinco años y un par de hijos, niño y niña, de los cuales el mayor, en su día, sería el heredero del título y los dos de sus riquezas. En cambio, sus amigos deseaban fervientemente que los hijos no heredaran el mal gusto del padre.

En los negocios, lord Guthford era un águila. En asuntos artísticos, una catástrofe moviente, aunque gracias a él, más de un anticuario había incrementado considerablemente su cuenta corriente, vendiéndole obras de arte invendibles hasta entonces, de un gusto más que dudoso, pero que a lord Guthford le encantaban verdaderamente.

Pero estas cosas preocupaban muy poco a lord Guthford. Sus negocios y su vida privada marchaban viento en popa, y era todo cuanto podía pedir a la vida, a sus cuarenta y dos años magníficamente llevados. Aquel día, *lady* Guthford y los niños habían salido al campo, anticipándose a las vacaciones veraniegas que el esposo y padre compartiría con ellos muy poco después, por lo que lord Guthford decidió aprovechar la ocasión para desembalar y colocar la estatua de bronce que había comprado pocos días antes a un anticuario de la capital londinense.

Como espectadores de la operación estarían únicamente el mayordomo Shorwin y un buen amigo del dueño de la mansión, Quentin Burnton, llegado momentos antes para ultimar un negocio que ambos pensaban realizar en común.

El programa era desembalaje de la estatua, colocación en el lugar elegido y su contemplación. La charla sobre negocios, seguiría

a continuación.

Burnton miró especulativamente la caja de madera, de forma alargada, que yacía en uno de los lados del enorme vestíbulo. Al pie de la escalera de traza curva, amplísima, con una barandilla de historiada forja, pintada horrendamente de blanco y oro, había un pedestal de mármol rojo, destinado a sostener la estatua. Una pequeña plataforma elevadora, con palanca manual, para accionar el mecanismo semejante a un «gato» automovilístico, serviría para transportar y colocar la estatua en el lugar elegido.

A Burnton, aquella combinación de colores, pasamanos de color caoba, herrajes en blanco y oro, pedestal de mármol y bronce de la estatua, le parecía sencillamente horrible. Por fortuna, se decía, no tenía que residir en aquella mansión, sino solamente hacer negocios con su dueño, cosa en la que sobresalía bastante más que en el arte.

Por otra parte, la caja donde estaba contenida la estatua tenía un parecido muy grande con un sarcófago. Resultaba tétrica.

Y así se lo dijo a su amigo, cuando lord Guthford apareció en el vestíbulo, frotándose las manos de satisfacción, seguido por el impasible Shorwin, que era portador de las herramientas necesarias.

—Eso parece un ataúd —comentó, aunque procurando poner en la voz la jovialidad necesaria para no ofender a su amigo.

—Bueno, a fin de cuentas, contiene una estatua de tamaño natural —contestó el dueño de la casa—. Pero no un cadáver, por supuesto.

—¿De qué es la estatua? ¿Hombre o mujer?

—Mujer, hombre… —Lord Guthford se echó a reír ante la paradoja que representaba aquella respuesta—. Es un desnudo femenino —puntualizó—. ¿Empezamos ya, Shorwin?

—Sí, milord —contestó el mayordomo.

Shorwin empezó a desclavar la tapa de la caja. Mientras el mayordomo actuaba, Burnton se sintió asaltado por una duda.

—James, ¿crees que podremos con la estatua? —preguntó.

—Naturalmente, Quentin —respondió lord Guthford con aire de suficiencia—. Ya sé que el bronce es muy pesado, pero contamos a nuestro favor con el hecho de la oquedad interna, lo cual, como puedes comprender, reduce considerablemente su peso. Además, con la plataforma elevadora, podremos moverla sin la menor dificultad.

La tapa cayó a un lado momentos más tarde. Impaciente y afanoso, lord Guthford se precipitó a quitar la capa superior de virutas que cubría la estatua.

El broncíneo rostro de una hermosa mujer apareció a la vista de los tres hombres. Lord Guthford terminó de quitar las virutas y la estatua entera quedó a la vista.

Burnton se dijo si no tendría que empezar a rectificar sus opiniones acerca del buen gusto artístico de su amigo.

—En mi vida he visto nada más bello —elogió, con acento rebosante de sinceridad.

—¿Verdad que sí? —exclamó lord Guthford—. Créeme, ahí, en el pedestal, en el arranque de la escalera, hará un efecto decorativo magnífico. Aparte de su valor artístico, que no es poco, como puedes comprender.

Burnton estaba admirado ante la belleza del rostro femenino, plasmado en metal. Las formas de aquel cuerpo eran dignas de Venus, se dijo.

—Bien, vamos, al trabajo —exclamó el dueño de la casa.

Los tres hombres se inclinaron para levantar la estatua, empezando por la cabeza y los hombros. Burnton no dejó de observar el relativo poco peso de la obra de arte. Incluso él mismo, sin más ayuda, pensó, habría podido ponerla en pie.

Momentos después, la estatua se hallaba sobre la plataforma, provista de ruedas de goma. Burnton no dejó de observar el perfecto equilibrio de la obra de arte, que la permitía sostenerse sin dificultad sobre dos pies.

De pronto, algo falló.

Burnton no sabría nunca qué había pasado. ¿Un movimiento brusco tal vez? ¿Falta de equilibrio en una estatua que parecía la imagen misma del equilibrio físico y mental?

La figura de bronce osciló con cierta violencia.

—¡Cuidado! —gritó lord Guthford.

Era ya tarde. La Venus broncínea cayó al suelo, contra el que golpeó con fuerza.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Shorwin, sinceramente consternado.

En la metálica superficie se habían abierto varias grietas, algunas de ellas de una anchura superior al centímetro. La parte superior del cráneo, con su artístico peinado a la griega, se

desprendió como un copete y rodó a un lado.

Un horrible hedor, insufrible, absolutamente nauseabundo, se esparció en el acto por el vestíbulo. Lord Guthford, no menos asombrado que los otros dos hombres, sacó un perfumado pañuelo y se lo puso ante la cara.

Shorwin perdió su habitual impasibilidad, la famosa impasibilidad de todo mayordomo británico, y, volviéndose a un lado, vomitó.

Por las grietas de la estatua salía un líquido verduzco en ocasiones, amarillento en otras, que no era sino materia en putrefacción. De la parte de la cabeza que se había roto, brotaba una masa de cabellos que habían sido originariamente rubios y que ahora poseían un color indefinible, mezclados con parte del cuero cabelludo, convertido en masa putrefacta y hedionda.

Burnton se ahogaba. Pero, no obstante, consiguió mantener en parte la serenidad y, aunque tambaleándose, corrió en busca del teléfono para marcar tres guarismos: 999, el número de Scotland Yard.

* * *

—¿Has leído los periódicos, Alan?

El interpelado se encontraba sentado en la barra de un elegante local y se volvió al oír la voz de Burnton. Sonrió y dijo:

—Como sé que eres amigo de lord Guthford, me imagino que te refieres a la estatua de bronce que resultó contener en su interior el cadáver de una mujer.

—Exactamente —corroboró Burnton, a la vez que tomaba asiento en el taburete contiguo—. Mozo, otro escocés —pidió.

—Al momento, señor —contestó el barman.

—Según los diarios, tú estabas presente cuando empezó el jaleo —dijo Alan Darney—. No debió de resultar muy divertido, me imagino.

—Horrible —respondió Burnton—. Creo que tendré pegado a la nariz aquel maldito olor durante varios años. Creí que iba a echar la primera papilla, aunque el mayordomo sí lo hizo. Y no se lo reprocho, créeme.

—Sí, un caso así es para vomitar todo —rió Darney—. Pero no he prestado gran atención al hecho. Quentin, ¿cómo es posible que dieran un cambiazo semejante?

Burnton se encogió de hombros. Luego tomó un buen trago de *whisky*.

—Como comprenderás, mi amigo James, quiero decir lord Guthford, sólo vio la estatua, no la caja de embalar. Le gustó, la compró y ordenó que se la enviaran a su casa. Francamente, y aunque James sea mi amigo, yo temblaba sólo de ver la estatua, pensando en su espantoso mal gusto, pero me quedé admirado cuando Shorwin quitó la tapa de la caja. Luego, entre los tres nos dispusimos a colocarla en el sitio elegido y entonces, no sé cómo, se cayó al suelo. Se rompió y…

Burnton apuro su bebida y pidió otra. Darney sacó cigarrillos.

—¿Es posible que lord Guthford no se diera cuenta de la suplantación? —preguntó.

—Por lo visto, la estatua era bastante parecida a la que él adquirió —repuso Burnton—. Naturalmente, el original ha aparecido más tarde, entre unos cajones viejos, en el almacén trasero de la casa del anticuario. Pero alguien, que debía de conocer la operación, realizó el cambio y lo que fue a parar a casa de mi amigo fue aquel horrible cadáver que, según la policía, había sido una mujer viva más de seis meses antes.

—¿Se conoce el nombre de la víctima, Quentin?

—Sí, Scylla Watson, una dama de fácil virtud, por no calificarla con palabras más crudas. Desapareció hace meses y ya nadie había vuelto a saber de ella, hasta que apareció, podrido su cuerpo, en casa de mi amigo.

—¿Qué dice el anticuario que vendió la estatua?

—La policía lo ha dejado tranquilo, suponiéndolo ajeno al hecho. Tiene un digamos jefe de almacén que es el que se encarga del transporte de las obras de arte, cuando son demasiado pesadas y el propio cliente no puede llevárselas por sí mismo. Ahora bien, el almacén da a un callejón posterior, al que cualquiera puede llegar sin mucho escándalo.

—Y el que trajo a Scylla Watson vino por ese camino.

—Sí, eso es lo que se supone, Alan —confirmó Burnton—. Mi amigo, como puedes comprender, está deshecho. Ha roto la

operación y ya no quiere en el vestíbulo ningún desnudo femenino. En lugar de la estatua, colocará un horrendo jarrón del siglo XVIII, con escenas pastoriles en los esmaltes. Además, le pondrá flores.

Darney se echó a reír al ver la cara que ponía Burnton.

—Vamos, Quentin, no es para tomárselo tan a pecho —dijo—. Por cierto, ¿qué ha sido del encargado del almacén del anticuario?

—Ha desaparecido. Nadie sabe qué ha sido de él.

—¿Cómplice del asesino?

—Tal vez. El caso es que parece como si se lo hubiese tragado la tierra. Se llama, o se llamaba, Harry Pawan. —Burnton meneó la cabeza—. Y pensar que, cuando vi por primera vez la caja que contenía la estatua, me pareció un ataúd. ¿Quién iba a sospechar entonces que mis pensamientos se convertirían en tétrica certeza?

—Tienes que olvidar, Quentin —aconsejó Darney—. La vida es bella y el asesino, tarde o temprano, caerá en las garras de nuestra infalible policía.

—Pues a juzgar por lo que ha hecho hasta ahora, la fama de infalible es absolutamente inmerecida —gruñó Burnton—. Alan, quiero pedirte un favor, en mi nombre y en el de lord Guthford.

—Dime, Quentin.

—Investiga tú privadamente el caso.

Los ojos de Darney se fijaron de pronto en la puerta del local. Sonrió complacido y dijo solamente:

—No, Quentin, lo siento. Tengo algo mejor en perspectiva.

Burnton volvió la cabeza y vio a la despampanante rubia, de explosivas formas, que avanzaba ondulante hacia la barra. Conocía la fama de su amigo y comprendió inmediatamente los motivos de la negativa.

La joven era muy hermosa, pero Burnton le encontró inmediatamente un grave defecto.

—Oye, tiene cara de tonta absoluta —dijo en voz baja.

—Lo sé, querido —rió Darney—. Pero tú no sabes bien lo atractiva que resulta una mujer bonita, con cara de tonta absoluta. Es una combinación fascinante, créeme.

CAPÍTULO II

En la madrugada gris y neblinosa, el faro delantero de la lancha de patrulla iluminó el cuerpo que flotaba boca abajo sobre las aguas del Támesis, a cosa de un kilómetro aguas abajo del puente de Chelsea. El oficial que mandaba la lancha, de la División Fluvial de Scotland Yard, dio una orden al timonel y la lancha viró ligeramente, a la vez que sus motores reducían revoluciones.

Dos policías, armados con bicheros, acercaron el cadáver a los costados de la lancha. Poco después, aquel cuerpo humano, maloliente y corroído por largos días de permanencia en las profundidades del río, quedaba depositado en la cubierta posterior de la embarcación.

Los servicios correspondientes empezaron a actuar de inmediato. El forense dictaminó que la muerte se había producido por un golpe en la nuca, lo que había provocado el hundimiento de la bóveda craneana. La muerte, diagnosticó el galeno, se había producido de manera fulminante. En su opinión, el muerto había sido atacado al menos cuatro semanas antes, aunque más tarde corroboraría sus asertos, cuando hubiese hecho una investigación a fondo del cadáver.

Los hombres del gabinete dactiloscópico identificaron bien pronto al muerto. En vida, se había llamado Harry Pawan. Según los archivos policiales, cinco años atrás había sufrido seis meses de arresto y multa de cien libras, por una bronca en la que una mujer había salido malparada. La condena resultó relativamente leve, porque el defensor logró probar que Pawan no había atacado a la víctima con ánimo de matarla y, además, exasperado por los insultos que ella le había dirigido.

* * *

El teléfono sonó cuando Alan Darney estaba más entretenido, en la agradable compañía de una hermosa morena. Darney maldijo al importuno, pero, en vista de la insistencia del que llamaba, se separó de la joven y se acercó al aparato.

—¿Alan? Soy Burnton —sonó una voz en sus oídos.

—Quentin, ¿es muy urgente lo que tienes que decirme? —Se quejó Darney—. En estos momentos, estoy muy ocupado.

—Se trata de Harry Pawan.

—¿Pawan? ¿Algún chino?

—Hombre, Alan, baja de las nubes. Pawan era el jefe de almacén que se encargó del traslado de la estatua a casa de mi amigo lord Guthford. ¿O es que ya no te acuerdas de lo que pasó hace poco más de un mes?

—Oh, sí, es verdad; lo había olvidado por completo. Bueno, ¿qué cuenta Harry?

—Harry no cuenta nada, porque está muerto. Lo encontraron ayer, flotando sobre las aguas del Támesis.

—Caramba, como en las historias policíacas. ¿Se ha suicidado?

—¿Te suicidarías tú dándote un martillazo en la nuca?

—Hombre, todo sería cosa de probar. Pero claro, un experimento de esa clase, yo no…

—Alan, por favor, déjate de bromas. La cosa es más seria de lo que parece —rezongó Burnton.

—Sí, claro, donde hay muertes violentas, no quedan muchas ganas de reír. Pero, sinceramente, Quentin, no veo qué relación pueda yo tener con ese asunto.

—La tendrás si aceptas recibir a una buena amiga mía, Lynn Dickerson.

—¿Ahora? —Se aterró Darney.

Burnton captó el tono de alarma en la voz de su amigo y comprendió en el acto.

—Está bien. ¿Mañana a las diez?

—*All right*, Quentin —aceptó Darney—. ¿Quién es tu… recomendado?

—Ella te lo explicará todo, Alan. Bien, no quiero molestarte más. Sigue con tu *trabajo*.

Darney contestó con una risita. Volvió el teléfono a la horquilla y regresó junto a su bella acompañante.

—No era nada de particular, preciosa —dijo, a la vez que la encerraba entre sus brazos—. Tú eres mucho más importante, te lo juro.

Ella soltó una risita. Era como a Darney le gustaban: guapa, pero con cara de tonta.

Pasó un largo rato. De pronto, llamaron a la puerta.

La joven, alarmada, se separó de Darney.

—¿Quién puede ser? —exclamó.

Darney frunció el ceño.

—¿A quién temes? —adivinó.

—¿No tiene tu departamento puerta de servicio?

—Claro que sí…

Ella agarró su bolso y salió de estampida.

—No te molestes en acompañarme; sabré encontrar la salida —dijo.

Darney se quedó solo en el salón. Rascándose la cabeza con perplejidad, masculló:

—La próxima vez, le preguntaré a quien sea si tiene dueño legal.

El timbre de la puerta sonó de nuevo. Darney cruzó el salón, mientras maldecía en su fuero interno al inoportuno que había interrumpido tan grata velada.

* * *

El hombre que estaba ante el umbral era alto, delgado, de nariz aquilina y ojos penetrantes. Vestía con elegante discreción, y en la mano izquierda llevaba un portafolios, tipo ejecutivo, de aspecto no menos discreto que su indumentaria.

—¿Capitán Darney? —preguntó.

—El apellido es correcto, no así el título —contestó el interpelado—. Dejé el ejército de Su Majestad hará un par de años.

—Para dedicarse a la más productiva profesión de detective privado.

—Heredé unas decenas de miles de libras. Una anciana tía mía tuvo a bien incluirme en su testamento.

—Pero a los seis meses, aproximadamente, la herencia inició una alarmante tendencia a la baja y tuvo que ponerse a trabajar.

—Es cierto. De reingresar, tenía que ir al Ulster. No era una perspectiva agradable.

—¿A quién teme más: al IRA o a los protestantes? —Sonrió el desconocido.

—Siento un terrible afecto por mi pellejo. La cosa viene de familia, ¿sabe? —contestó Darney, no menos irónico que su interlocutor.

—Pero no es cobarde.

—Por ahora, prefiero no demostrar mi valor. Sin embargo, y ahora que caigo, todavía no conozco su nombre, señor…

—Struthers, Milton Struthers —contestó el hombre—. ¿Puedo pasar, capitán…, perdón, señor Darney?

—Oh, sí, dispénseme; a veces me muestro descortés, sin darme cuenta. Entre y póngase cómodo, señor Struthers.

El visitante tomó asiento. Darney le preguntó por sus preferencias en materia de bebidas.

—Soy abstemio —contestó Struthers.

—Una rara virtud en estos tiempos —elogió Darney—. A mí me gusta de cuando en cuando una copita de algo, por ejemplo, jerez, ahora. Pero puede empezar a hablar señor Struthers.

—Le traigo diez mil libras y un pasaje de avión para Ciudad del Cabo —dijo el visitante, impasible.

A Darney casi se le cayó el frasco de vidrio tallado que tenía en la mano.

—¿Ciudad del Cabo? —repitió.

—Exactamente —corroboró Struthers.

—Pero ¿qué he de hacer yo allí?

—Simplemente, permanecer un par de años. Tiene fama de haber resuelto algunos casos intrincados; no le resultaría difícil, por tanto, montar allí su oficina.

—Ciudad del Cabo no me gusta —declaró Darney.

—¿Puedo saber por qué?

—El indebidamente llamado jerez sudafricano es horrible. Yo bebo siempre del que procede directamente de la auténtica Jerez.

—En Ciudad del Cabo también puede encontrar su bebida favorita.

—Lo siento mucho. Aparte del vino, me encuentro en Londres muy a gusto.

Struthers apretó los labios.

—Resultaría penoso que un día tuviera que lamentar una decisión tan poco razonable —dijo.

Darney captó en el acto el tono de amenaza que latía en las palabras de su visitante. Sin embargo, le resultaba incomprensible no sólo la propuesta de abandonar Inglaterra durante dos años, sino los motivos de la amenaza.

—A mi edad, un hombre debe saber ser responsable de sus decisiones —contestó.

—No lo dudo —dijo Struthers fríamente—. De todos modos, le daré veinticuatro horas para reflexionar. Mañana, a esta misma hora, le llamaré por teléfono.

—Muy bien —repuso el joven, impasible.

Struthers se puso en pie y salió. A Darney, de repente, el jerez le supo a cenizas.

—¿Qué diablos se trae ese tipo entre manos? —murmuró, lleno de perplejidad.

Pero no encontraba respuesta alguna para sus dudas. Sólo podía presumir que, por alguna razón ignorada, Struthers quería tenerlo fuera de Londres durante dos años.

* * *

La chica que vino a verle al día siguiente era alta, fina y de aspecto muy distinguido. Vestía un bonito traje estampado, de suaves colores, y su cabellera, de color leonado oscuro, pendía libre y suelta sobre sus hombros.

—Soy Lynn Dickerson —se presentó.

—Oh, sí —dijo Darney—. Mi amigo Quentin Burnton me habló de usted ayer. Pase, por favor, señorita Dickerson.

La chica entró y se sentó en un sillón, con la espalda recta y las rodillas muy juntas, sobre las cuales apoyó el bolso, sujeto por ambas manos.

—Señor Darney, el señor Burnton me indicó que usted era el hombre apropiado para resolver mi… conflicto —dijo—. Por supuesto, estoy prevenida para abonar una minuta razonable.

—¿De qué se trata? —preguntó Darney.

—Mi hermana Joan. Ha desaparecido.

—Oh, en Londres desaparecen muchas personas al cabo del año.

—Sí, pero creo que a Joan le ha pasado algo horrible.

—¿Asesinada?

La voz de Lynn tembló ligeramente.

—Quizá algo peor —dijo.

—¿Raptada y escondida en algún lugar desconocido?

—Es probable, señor Darney.

—¿En qué se basa usted para hacer una afirmación semejante?

—¿Recuerda el caso de Scylla Watson?

Darney respingó.

—Demonios, no me diga que…

Lynn movió la cabeza arriba y abajo varias veces.

—Temo que le haya pasado lo mismo que a ella —dijo.

—¿Por qué?

—Joan me llevaba cuatro o cinco años. Era muy hermosa y, desde luego, voluntariosa e independiente. Hace algunos meses, me dijo que había encontrado un buen empleo, aunque no dio más detalles. Sólo sé que mencionó que ella y Scylla trabajarían juntas. Desde entonces, no he vuelto a tener noticias suyas y, aunque conocía muy poco a Scylla, pude enterarme de su horrible muerte por los periódicos. Por eso quiero que busque usted a mi hermana, señor Darney. Le conté mi caso al señor Burnton y él me aconsejó que viniera a verle a usted.

Darney vaciló un momento, mientras ella le contemplaba con expectante ansiedad. Pero, de pronto, antes de que el joven pudiera tomar una decisión, llamaron a la puerta.

CAPÍTULO III

Darney se disculpó ante su visitante y cruzó el salón. Abrió la puerta y se encontró a un fornido individuo, vestido con un uniforme de color azul claro. En la gorra pudo leer, en letras bordadas en oro, un rótulo: MILLER'S AGENCY. MESSAGERS.

—Señor Darney —preguntó el recadero.

—Sí, yo mismo.

El recadero era portador de una gran caja cuadrada, de recio cartón, cuidadosamente embalada.

—Me han dado esto para usted —manifestó.

—Pase y déjelo sobre esa silla —indicó el dueño del departamento.

—Sí, señor.

Acto seguido, el hombre presentó a Darney una libreta.

—Por favor, firme el recibo —pidió.

—Desde luego.

Darney firmó y entregó al mensajero una moneda de cincuenta peniques. El hombre saludó muy agradecido y se marchó.

—Vaya —exclamó Darney, después de cerrar la puerta—, me pregunto quién ha podido pensar en mí como destinatario de un obsequio de día de cumpleaños, que no se celebra hoy precisamente… Oh —añadió, al leer parte del rótulo de la etiqueta con la dirección—, es la buena tía Agatha.

Darney se volvió sonriendo hacia la chica.

—Mi tía Agatha es terriblemente despistada —dijo—. Por eso me envía hoy el regalo de cumpleaños que debería haberme enviado el mes próximo.

Lynn contestó con una sonrisa de circunstancias. Después de haber leído la etiqueta pegada sobre la parte superior de la caja, Darney cortó la cinta roja que sujetaba el papel de embalaje, de vivos colores.

La cinta y el papel quedaron a un lado. Lynn contemplaba las operaciones con moderada curiosidad. Darney levantó la tapa y vio una gran cantidad de viruta de madera. Algo de bronce se entreveía a través de las virutas.

Darney apartó aquella protección y vio una figura de bronce, que representaba un gato sentado.

—La verdad es que tía Agatha tiene un gusto más bien decepcionante —comentó.

—¿Había esperado otra cosa? —preguntó.

Darney sacó el gato y lo sostuvo en alto.

—¿Qué le parece? —preguntó.

Lynn hizo un gesto ambiguo.

—Vamos, vamos, no tema ofenderme; exprese su opinión sincera sobre esta obra de pseudoarte —pidió él.

—No me gusta —contestó la chica—. Claro que puede gustar a otras personas. Pero su tía ya debe de ser muy anciana, ¿no?

—Anda más cerca de los setenta que de los sesenta. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, ésta es la clase de figuras que estaban de moda hace cuarenta o cincuenta años. El… digamos pensamiento artístico de su tía no ha evolucionado, eso es todo.

—Tiene usted razón —rió Darney—. Tía Agatha es la persona más tradicional que existe en esta época tan disparatada. Bueno, dejemos de ocuparnos ya del gatito y volvamos a lo nuestro.

Darney dejó el gato de bronce sobre un aparador, pero no se fijó en que lo hacía mal y se volvió. Casi en el mismo instante, escuchó el ruido del choque de un objeto contra el suelo.

—¡Se le ha caído! —gritó Lynn.

A Darney, el ruido le pareció como el de un tiesto al quebrarse. Volvióse de nuevo y, en el mismo instante, un olor extraño llegó a su nariz.

Palideció.

Lynn se puso en pie.

—Huele horriblemente —exclamó.

Darney tenía los ojos fijos en la figura de supuesto bronce, la que aparecía resquebrajada en algunas partes. El hedor se hacía cada vez más intenso.

Era nauseabundo, insufrible… hedor de materia orgánica en

putrefacción. En aquel momento, Darney adquirió la convicción de que aquella brillante cáscara de metal encerraba el cuerpo descompuesto de un gato muerto.

* * *

El aire había recobrado su olor normal, merced a la ventilación de la casa y a grandes dosis de líquido ambientador que Darney había esparcido por todas las estancias de la casa. Tanto él como su visitante se habían recobrado ya de la macabra sorpresa de unos minutos antes.

—Voy a pedirle un favor, señorita Dickerson —dijo él.

—Por supuesto, señor Darney.

—Le enseñaré dónde tengo la cocina. Usted se ocupará de preparar té o café en abundancia, a elección. O las dos cosas, como guste. Mientras tanto, yo haré un par de llamadas telefónicas.

—Con mucho gusto —accedió Lynn.

Momentos más tarde, Darney marcaba un número en el teléfono.

—Secretaria del señor Burnton —dijo una voz femenina a poco.

—Soy Darney. Haga el favor de ponerme con su jefe inmediatamente, señorita.

—Lo intentaré, señor —respondió la secretaria, precavida, como todas las de su clase.

Pero Burnton no tardó mucho en dejarse oír:

—¿Qué te pasa, Barba Azul honesto, puesto que no matas a las mujeres? —preguntó en tono de broma—. ¿Has atendido a mi recomendada?

—Ahora está haciendo café en la cocina.

—¡Demonios! Sí que ha sido una conquista rápida. Eres el César de las batallas de amor: *Vini, vidi, vinci*. O sea que ha llegado, la has visto y has vencido.

—Quentin, esto no es cosa de broma y no hay batalla de amor ni nada que se le parezca —atajó el joven—. Tú estabas presente cuando se rompió la estatua de tu amigo lord Guthford.

—Sí, y te agradeceré no me recuerdes más ese horrible suceso. Jamás lo olvidaré, créeme.

—Por supuesto; pero si hace diez minutos hubieras estado en mi

casa, habrías sido testigo de una escena semejante.

—¡Rayos! Alan, tú bromeas. ¿Tienes ahí el cadáver de otra mujer, empaquetado en bronce?

—Por fortuna, esta vez no se trata de una mujer, sino de un simple gato. Pero el procedimiento empleado ha sido el mismo, aunque me parece que en esta ocasión, el minino llevaba muerto sólo una semana, dos como máximo. Pero me gustaría, ya que es tu amigo, que me pusieras en contacto con lord Guthford; mejor dicho, que me proporcionaras una entrevista con él. ¿Lo harás, Quentin?

—¿Cuándo quieres verle? —preguntó Burnton escuetamente.

—A la tarde, mejor; ahora tendré que salir de casa —respondió Darney.

—Bien, ahora mismo le llamaré. Te daré su respuesta así la conozca.

—Gracias, Quentin.

Darney hizo otra llamada a continuación.

—¿Doctor Russell Peters? Soy Darney. ¿Qué tal, Russ? ¿Puedo pedirte un favor? Oh, no creo que te resulte muy difícil, aunque sí interesante. Un análisis metalográfico… Te llevaré la muestra de metal hoy mismo. Gracias, Russ; cuando te enteres de todo, comprenderás mi interés por el asunto.

Lynn entró en aquel momento. Darney cortó la comunicación y se volvió hacia la joven.

—Acepto el caso, señorita Dickerson —manifestó.

Ella sonrió hechiceramente.

—Muchas gracias, señor Darney.

—Tendrá que empezar a llamarme Alan, como hace todo el mundo —solicitó él—. Y le advierto que será un caso difícil y nada tranquilizador.

—¿Por qué lo dice, Alan? —preguntó Lynn, mientras servía el café.

—Ese obsequio no es sino una simple advertencia para que no meta mis narices donde no me importa.

Lynn se sentó de golpe y le miró fijamente.

—¿Usted cree? —preguntó con voz temblorosa.

—Ayer, precisamente, querían enviarme fuera de Londres por dos años, nada menos que a Sudáfrica. Por supuesto, me negué, pero el hombre me dijo que esperaba que un día no tuviera yo que

lamentar esa decisión. Ahora me ha enviado el gato, como una especie de aviso, para que haga lo que me pidió.

—Comprendo. —De pronto, Lynn bajó la cabeza—. En ese caso, me parece que no debo abrigar demasiadas esperanzas sobre la suerte de mi hermana.

Darney calló y no porque estuviese tomándose su taza de café, sino porque, en el fondo, se mostraba de acuerdo con las palabras de su hermosa visitante.

* * *

—No me trate tan ceremoniosamente —pidió lord Guthford—. Llámeme James, como lo hace mi amigo Quentin.

—Está bien, James —sonrió Darney, mientras lord Guthford cruzaba el despacho portador de dos vasos altos, mediados de buen *whisky*. Burnton era el destinatario de uno de los vasos, también presente en la entrevista—. Pero hable sin miedo, con toda franqueza, Alan.

—Quiero conocer el nombre del anticuario al que le compró usted la estatua —manifestó Darney—. No sólo he de hacerle una visita, sino que pienso investigar sus actividades. Puede que sea inocente, pero hemos de tener en cuenta que, de un modo u otro, está relacionado con dos asesinatos: Scylla Watson y su empleado Pawan.

—No se sabe aún si Scylla murió asesinada —dijo Burnton—. El cuerpo estaba demasiado corrompido y no han encontrado en sus restos ningún rastro de sustancia tóxica.

—Pero apareció muerta y envuelta en bronce, auténtico o falso, tanto da. En cuanto a Pawan, no cabe la menor duda: murió asesinado.

—El anticuario se llama Albert Hannahan —dijo lord Guthford, quien facilitó a continuación sus señas—. ¿Irá a verle hoy, Alan?

—Tal vez —contestó el joven ambiguamente—. Pero, dígame una cosa, James, ¿cómo no se dio cuenta usted de que la estatua recibida era distinta de la adquirida en la tienda de antigüedades?

—Bueno, no era tan distinta. Las diferencias eran relativamente mínimas. El peinado, por ejemplo, a la griega, era prácticamente

idéntico y, en cuanto a los demás detalles… Quizá lo hubiera advertido más tarde, pero no en aquellos momentos.

—Sí, comprendo, y realmente, a cualquiera, en su caso, le habría pasado lo mismo. Pero lo que no acabo de entender es por qué le enviaron la estatua que contenía el cuerpo corrompido de la que había sido una hermosa mujer.

Lord Guthford se encogió de hombros.

—En ese aspecto, me siento tan ignorante como usted —respondió—. Salvo la hipótesis de la confusión, no se me ocurre ninguna otra.

—Debe de haber alguna explicación para ese asunto tan oscuro —intervino Burnton—. Pero no se me ocurre ninguna.

—Ya la encontraremos —aseguró Darney—. James, ¿solía ser usted cliente de Hannahan?

—Le había comprado algunas cosas, aunque no puedo llamarme cliente habitual. Simplemente, hace varios días, pasé por delante de su tienda, vi la estatua y me llamó la atención. Llevaba ya tiempo buscando algo para el pie de la escalera y creí que la estatua podría cumplir ese objetivo.

—Está bien, ya veremos a ver qué dice Hannahan.

—Alan, este caso me interesa también a mí —declaró lord Guthford—. Soluciónelo y no tendrá queja de mi generosidad.

Darney hizo un gesto con la cabeza.

—Hay bastantes cosas que aclarar en este asunto —contestó—, y una de ellas, muy importante, es la naturaleza del falso bronce que cubría las estatuas.

—¿Cómo sabes que es falso bronce? —preguntó Burnton.

—Por el momento, me lo parece; pero es que, además, he llevado la envoltura del gato que me han enviado como advertencia a un buen amigo mío, para que le haga un análisis a fondo. Se trata de Russell Peters, doctor ingeniero y especialista en metalografía.

—Será curioso, en efecto, conocer la composición de ese falso bronce.

Darney se puso en pie.

—Más curioso será, no sólo averiguar cómo cubren a los seres vivos con esa capa metálica, sino el objeto de la operación y el lugar donde la realizan —contestó. Alargó la mano y estrechó la del dueño de la casa—. He tenido un gran placer, James —se despidió.

—Entonces, aceptas el encargo de Lynn Dickerson —dijo Burnton.

—Su hermana era muy amiga de la mujer que apareció aquí, envuelta en falso bronce —contestó Darney—. Sospecho que a Joan Dickerson ha podido sucederle lo mismo, aunque ignoro adónde ha ido a parar su cadáver.

Al salir al gran vestíbulo, Darney contempló el gran jarrón, con adornos de esmaltes, que se hallaba en el lugar que debía haber ocupado la estatua de bronce. Íntimamente, se mostró de acuerdo con su amigo Burnton: el jarrón era horrible.

CAPÍTULO IV

Con aire de experto, Darney recorrió el interior de la tienda de antigüedades, atestada de toda clase de objetos, desde cuadros y estatuas, a espadas y muebles construidos en los siglos pasados. El ambiente le pareció notablemente tétrico.

Una figura llamó la atención de Darney especialmente: un desnudo femenino de bronce, situado sobre un pedestal de treinta centímetros de altura. La cara de la estatua era muy hermosa y en ella había una actitud dulce y apacible.

Con la uña del dedo medio, dio un ligero papirotazo en una de las caderas de la estatua. El golpe resonó con tonos musicales, casi semejante a la campanada de un carrillón. «Aquí no cabe duda, es bronce auténtico», se dijo.

—¿Le gusta la estatua, señor?

Darney se volvió al oír aquellas palabras, sin temor a ser reconocido. Su aspecto fisonómico había cambiado notablemente al ponerse unas sencillas gafas levemente ahumadas, con montura de oro y un bigote y una barbita postizos. Además, vestía con cierta afectación un traje ya pasado de moda, de colores nada chillones.

—Es una obra de arte realmente hermosa —contestó, con la mejor de sus sonrisas—. Pero no es esto lo que quiero comprar.

—Bien, si me indica sus gustos, tal vez pueda encontrarle lo que desea, señor —dijo el individuo.

Darney contempló un instante al hombre que tenía frente a sí, de unos cuarenta años, atildadamente vestido y de rostro simpático y amable. En seguida sonrió.

—Se trata de un regalo a una buena amiga mía, cuyo cumpleaños se celebra pronto —dijo—. Me gustaría comprarle un par de figuritas de animales, para adorno de alguna estantería. Usted ya sabe, esos elefantitos que parecen empujar en sentido opuesto y que son sujetalibros… o un par de perritos de aguas…

Gatos, si los tiene, no; ella detesta a tan simpáticos felinos.

Darney lanzó una risita.

—En confianza, aunque hace mucho que vive en el país, no es inglesa; si fuese británica, adoraría los gatos —añadió en tono ficticiamente confianzudo.

—Sí, es cierto —convino el vendedor—. Venga por aquí y le enseñaré lo que tengo actualmente en existencias, señor.

—Mowbray, Stanley Mowbray, señor Hannahan.

—Perdón, señor Mowbray, yo no soy Hannahan. Mi nombre es Otterburn, Lewis Otterburn.

—Dispénseme, señor Otterburn. Me pareció que debía de ser usted el propietario de la tienda.

—Salió de viaje hace poco, en busca de objetos de arte, para nuestros clientes —declaró Otterburn—. Mientras tanto, yo he quedado al frente del negocio.

—Oh, comprendo.

La conversación se deslizó a partir de aquel momento por cauces intrascendentes. Finalmente, Darney acabó por comprar un par de perros de aguas de metal dorado y entregó una tarjeta con la dirección de una amiga suya, a la que previamente había advertido del envío de un posible obsequio.

Otterburn tomó nota de la dirección y extendió el recibo por el importe de la operación. Darney sacó un grueso fajo de billetes para pagar la compra, cosa que no dejó de extrañar al anticuario.

—El señor podía haberse ahorrado la molestia de traer dinero, pagándome con un cheque —dijo.

—Lo sé, pero quise evitar desconfianzas. Hoy día no todos los que pagan con cheques hacen honor a su firma y estos desaprensivos perjudican a las personas honradas —contestó Darney con amplia sonrisa.

—Eso sí es verdad —reconoció Otterburn.

* * *

Darney llegó a su casa y se acercó a la grabadora, conectada al teléfono. Presionó la tecla de contacto y escuchó.

—Casa del señor Darney… Tenga la bondad de dar su mensaje,

que será grabado. Si es usted el señor Struthers, debe saber que el señor Darney no tiene por ahora intención de viajar a la Ciudad del Cabo.

—Comete usted un terrible error, señor Darney, pero ya no le haré más advertencias —sonó a continuación la voz de Struthers. Luego se oyó el click característico del corte de la comunicación.

Darney sonrió mientras se quitaba la chaqueta. Puso unos cubitos de hielo en un vaso alto, añadió una buena dosis de escocés y encendió un cigarrillo. Al terminar, señaló un número en el llamador automático, mediante la simple presión en la tecla correspondiente.

Momentos después, estaba en comunicación con su amigo Burnton.

—Quentin, tengo que preguntarte algo —manifestó.

—Sí, Alan.

—Tú me enviaste a Lynn Dickerson. ¿Dónde la conociste?

—Vino hace tiempo a mi oficina, para asesorarse sobre una inversión financiera. Le di, modestia aparte, unos buenos consejos y ella ganó algún dinerito. De ahí proviene nuestra relativa amistad, Alan —explicó Burnton.

—¿Vino ella a visitarte a tu oficina para pedirte recomendación con objeto de que yo la ayudara?

—Bien, en realidad, no me citó tu nombre, sino que fui yo quien se lo indicó. Pero ¿por qué me preguntas tantas cosas?

—¿Hablaste con alguien más del asunto?

—No, absolutamente, Alan.

—¿Tu secretaria?

—Tampoco. Simplemente, se limitó a anunciarme su visita.

—Tendré que investigar a tu secretaria. Ordinariamente está en el antedespacho, ¿no?

—¡Por favor, Alan; Mala Scardroy es una chica de toda mi confianza! —protestó Burnton.

—Pero dispone, además de los teléfonos, de un intercomunicador.

—Hombre, eso es de lógica…

—Hablaré con la señorita Scardroy. Dame su dirección, por favor —pidió Darney secamente.

Burnton lo hizo así. Darney anotó las señas de la secretaria de su

amigo y luego se despidió, dándole las gracias.

Si no era mediante una confidencia, nadie tenía por qué saber que Lynn había ido a pedirle ayuda para buscar a su hermana.

Momentos más tarde, le llamó la propia Lynn.

—Siento no poder haber hecho lo que usted me pidió, Alan —dijo la chica.

—¿Por qué?

—Durante el año último, mi hermana Joan vivió en una residencia para mujeres solas, en el número ciento dos de Kennington Lane. He encontrado su dirección en una agenda vieja, pero eso es todo lo que puedo decirle; la señora Farquhart no ha podido dejarme pasar a su habitación, alegando que ya está ocupada por otra señorita.

—La señora Farquhart, supongo, debe ser la directora de la residencia.

—Sí, eso es —admitió Lynn.

—Bien, iré a verla mañana —prometió Darney.

Al día siguiente, en efecto, tendría que dar muchos pasos por Londres: debía averiguar si era cierto que Hannahan estaba de viaje y asimismo tendría que hablar con la directora de la residencia femenina. Además de entrevistarse con la secretaria de su amigo Quentin Burnton.

Consultó el reloj. Eran las siete de la tarde. Aunque se sentía un tanto cansado, pensó que podía aprovechar el tiempo y entrevistarse con Mala Scardroy. El día siguiente le quedaría así más desahogado.

Tres cuartos de hora más tarde llamaba a la puerta de un edificio, que calculó debía de ser una pensión. A los pocos momentos abrió una mujer de mediana edad, que le miró con desconfianza.

—¿Qué desea? —preguntó.

Darney, ya con su apariencia habitual, se descubrió cortésmente.

—Perdón, señora —dijo—. Soy amigo de la señorita Scardroy. Quiero hablar con ella.

—Ha salido.

La respuesta era seca, pero también reticente. Darney captó la segunda nota con cierta facilidad.

—¿Tardará mucho en volver, señora?

La mujer se encogió de hombros, sin pronunciar una sola palabra. Darney se dijo que había un método infalible para hacer hablar a las personas partidarias de un silencio interesado.

Un billete de cinco libras apareció en su mano como por arte de prestidigitación.

—¿Puede decirme si tardará mucho en volver, señora? —preguntó.

—Lo dudo mucho —contestó la dueña de la pensión, apoderándose del billete con avidez muy poco disimulada—. Hizo su equipaje, pagó la cuenta, se despidió y se marchó.

—¿Adónde?

—No lo sé, no me lo dijo. Ciertamente, me extrañó una decisión tan repentina de la señorita Mala, puesto que ya llevaba mucho tiempo hospedándose en mi casa y no creía tuviera queja alguna de mí, pero, por lo visto, estaba equivocada.

—¿Cree, entonces, que se ha mudado de hospedaje?

La mujer hizo un gesto ambiguo.

—No le puedo decir, ya que se llevó todo, absolutamente todo cuanto tenía en su habitación —contestó.

Darney sonrió forzadamente.

—Mil gracias, señora…

—Musher, Millie Musher —dijo la dueña de la pensión.

Darney dio media vuelta, decepcionado por el fracaso sufrido, aunque ello, en cierto modo, venía a corroborar sus sospechas acerca de la secretaria de su amigo. Pero, apenas había dado un par de pasos, oyó de nuevo la voz de la señora Musher.

—Caballero…

Darney se volvió.

—Dígame, señora Musher —contestó.

—Usted me ha resultado muy simpático —declaró Millie con sonrisa halagadora—. Si es amigo de la señorita Mala, quizá le convenga saber que no se marchó sola.

—Ah, la acompañaba alguien.

—Sí, un tipo muy elegante, de unos cuarenta años y bastante atractivo. Ayudó a la señorita Mala a colocar el equipaje en el coche.

—¿De él o de ella?

—De él, por supuesto. La señorita Mala decía que no quería

comprarse un coche, con el tráfico tan infernal que hay en Londres.

—¿Se fijó en la matrícula del automóvil, señora Musher?

—No, lo único que puedo decirle es que me pareció lujoso, aunque no un Rolls, y de color negro. Ah, llevaba chófer.

—¿Se fijó en el chófer?

—Me pareció un individuo terriblemente corpulento, un Hércules, diría yo, y algo más joven que su amo. Eso es todo lo que puedo decirle, señor…

Darney hizo caso omiso de la invitación a dar su nombre. Dirigió una sonrisa a la señora Musher y se marchó.

* * *

Hannahan no estaba en su casa.

Era un hombre soltero, que vivía en la única compañía de un ama de llaves, la cual informó al visitante que su amo tenía por costumbre ausentarse de cuando en cuando, para adquirir artículos para su tienda de antigüedades, sin que normalmente le diera su itinerario, ya que solía recorrer varias localidades. Lo corriente era una ausencia de dos a tres semanas, pero dado que sólo hacía una que se había ausentado de Londres, no había, por el momento, motivos para sentir inquietud ni prisas por su regreso.

—Pero si lo desea, puede entenderse con el señor Otterburn, el encargado de la tienda. Aunque en el empleo es reciente, creo que es un hombre muy competente.

—Ah, de modo que Otterburn lleva poco tiempo en la tienda del señor Hannahan.

—Sí, una semana, quizá diez o doce días, no sé la fecha segura. El señor Hannahan me lo comunicó la víspera de su viaje y, por lo que me dijo, saqué la impresión de que el señor Otterburn llevaba sólo uno o dos días en el empleo.

—Sí, iré a ver al señor Otterburn —prometió el joven.

—Si llama, ¿debo darle algún nombre?

—Por supuesto, Kempstone —mintió Darney con todo descaro. Ya que había ido con su aspecto normal, no podía usar el nombre de Mowbray, ni mucho menos el auténtico.

—Muy bien, señor Kempstone.

—Mil gracias, señora.

Darney saludó y salió de nuevo a la calle. Subió a su coche y arrancó para dirigirse al 102 de Kennington Lane.

CAPÍTULO V

Desde la ventana de la salita en donde había sido introducido por una pulcra doncella, Darney podía divisar el puente de Wauxhall. No se podía negar que la residencia femenina era para mujeres que pudieran pagar una elevada pensión. Muebles caros, elegante decoración y buen gusto eran las características más salientes del edificio en el que, en un tiempo, había residido Joan Dickerson.

De pronto, Darney oyó pasos a su espalda y se volvió.

—Señora Farquhart —dijo.

La mujer sonrió. Era alta, de formas exuberantes y rostro agradable, aunque un tanto duro de facciones. No sé podía negar que Moira Farquhart sabía llevar muy bien sus cuarenta años, aunque era patente una constante lucha con la báscula.

—Señor Mowbray —dijo ella.

—Lamento distraer su atención, pero deseo conocer el domicilio de una señorita que se hospedó hace algunos meses en su residencia. Concretamente, me refiero a Joan Dickerson.

—Oh, Joan —exclamó Moira—. Una joven elegante y distinguidísima, con un brillante porvenir ante sí. Pero se marchó.

—Sí, eso ya lo sé. Sin embargo, deseo conocer su residencia actual.

—¡Cuánto lo siento, señor Mowbray! Joan se marchó sin dejar señas.

—Lastimoso, señora Farquhart. ¿Tiene, al menos, alguna idea del lugar al que pudo dirigirse?

—Créame, señor Mowbray, si supiera algo, se lo diría en el acto. En mi residencia no hay nada que ocultar sobre ninguna de sus huéspedes. Pero repito, Joan se despidió y se fue, sin dar ninguna nueva dirección.

—En tal caso, lamento haberle hecho perder el tiempo, señora.

—Oh, no, todo lo contrario, ha sido un placer conocer a caballero tan apuesto y distinguido. —Moira soltó una risita—. Me precio de conocer a las personas casi al primer golpe de vista. Yo diría que es usted un prominente hombre de negocios, señor Mowbray.

El joven sonrió.

—Algo por el estilo, señora —contestó.

—Bien, siento muchísimo que Joan no se hospede ya en mi residencia. Pero si lo desea puedo presentarle otras muchachas, no menos bellas, elegantes y eficientes que Joan. Cualquiera de ellas podría resultar una excelente secretaria personal para usted, señor Mowbray.

Darney adivinó instantáneamente el sentido de la propuesta: «Esto es un burdel de lujo», pensó.

—Por ahora no necesito secretaria; ya tengo una, de suma competencia —manifestó—. Pero si un día la necesito, no dudaré en recurrir a sus servicios, señora Farquhart.

—Oh, por favor, llámeme Moira, como todo el mundo —dijo ella, haciendo dengues y mohines como una quinceañera ansiosa de tener un amor—. Los tratamientos ceremoniosos me disgustan, se lo aseguro.

—Muy amable, Moira. Le prometo volver otro día…

—Y si no se quiere molestar, llámeme por teléfono y le enviaré una secretaria, según las necesidades de… su negocio, señor Mowbray.

—Lo tendré en cuenta, Moira. Por cierto, creo que Joan era muy amiga de una muchacha que se llamaba Scylla Watson.

—Ciertamente, y ambas se marcharon juntas. Espere, ahora que recuerdo, creo que sorprendí un día una conversación entre ambas. Oh, no vaya a creerme una curiosa profesional; simplemente, fue una casualidad.

—No lo dudo en absoluto —sonrió Darney.

—Bien, les oí mencionar un viaje al norte del país, en el extremo de Escocia… Por ahora me resulta imposible recordar el nombre del pueblo al que dijeron iban a viajar.

—Pero usted me lo dirá cuando lo recuerde, ¿no es así?

Moira asintió.

—Si tiene la bondad de facilitarme su teléfono, sin ningún

inconveniente. Lo único que sé es que empezaba por K, era bastante largo y muy enrevesado —declaró.

Darney le entregó una de las tarjetas que empleaba cuando usaba el apellido Mowbray, en la que constaba su teléfono. A la grabadora le eran indiferentes los nombres; lo recogía todo.

—Repito —le dijo Moira al despedirse—, yo tengo las mejores secretarias que se pueden encontrar hoy día en Londres, en todos los sentidos.

—Lo ha dicho como el criador de caballos: «En mis establos tengo las mejores yeguas de todo el país» —masculló Darney al tiempo de hacer arrancar el coche.

Volvió a su casa y conectó la grabadora.

No había ningún mensaje. Dudó un momento en dejar uno para Lynn, pero recordando a Struthers, decidió hablar con ella directamente.

—Quiero pedirle un favor; yo no tengo tiempo —dijo cuando la comunicación telefónica se hubo establecido entre ambos.

—Lo que usted me diga —accedió ella.

—Procúrese un atlas de las islas Británicas, el más completo que exista. En el norte de Escocia, deberá buscar una localidad cuyo nombre empieza por K, es de bastantes letras y algo enrevesado. Tengo que pedirle este favor, porque yo no puedo hacerlo ahora, por falta material de tiempo.

—Sí, comprendo. Pero ¿puedo saber…?

—Parece ser que su hermana y Scylla mencionaron ese pueblo, poco antes de abandonar la residencia de Moira Farquhart. Es una pista muy débil, pero vale la pena seguirla.

—Bien, lo haré así.

—Yo la llamaré más tarde; ahora he de salir sin falta. Adiós, Lynn.

Acto seguido, Darney colgó el teléfono y empezó su transformación para convertirse en un barbudo escritor de cuentos policíacos, que se llamaría Alden P. Burleigh.

* * *

Se acercó a la ventana y contempló el callejón, al otro lado del

cual se veía una gran puerta de madera, que parecía cerrar un almacén. La dueña de la casa le contemplaba expectantemente.

—Me gusta la habitación —dijo Darney al cabo—. Es tranquila y silenciosa, tal como yo la necesito para mi trabajo.

—Le costará cuatro libras y media semanales, aparte el gasto de teléfono, por el que abonará una libra anticipada —dijo la mujer.

Darney sacó un modesto rollo de billetes, contó algunos y se los entregó a la dueña de la casa.

—Le pago dos semanas —sonrió—. Más el teléfono, por supuesto.

—Encima de la mesita encontrará el número de mi teléfono privado, por si quiere ordenarme que le compre alguna cosa. La cocina tiene contador de gas independiente y también deberá abonar el consumo.

—Nada más justo, señora.

Darney se quedó solo a poco. Entonces, puso sobre una mesa su máquina de escribir. Luego abrió la maleta que había llevado consigo, de la que extrajo una grabadora.

La ventana que daba a la puerta del almacén de Hannahan estaba provista de unos visillos que le permitirían una discreta observación. Darney se dispuso a una paciente espera que podía durar, tal vez, más días de los que había sospechado en un principio.

A mediodía salió e hizo algunas compras de víveres, incluidos un par de botellas y un paquete de té. Regresó a la habitación, cerró con doble vuelta de llave y tapó el ojo de la cerradura con un pañuelo colgado de la misma llave; no quería miradas indiscretas.

Se preparó una tetera llena. Luego puso en funcionamiento la grabadora. No salió música por el altavoz, sino el tecleo de una máquina de escribir.

Las horas pasaron lentamente. Algunas personas conocían ya su nuevo teléfono, aunque no el lugar donde estaba emplazado.

Al anochecer le llamó Lynn.

—He encontrado el pueblo —dijo.

—¡Estupendo! ¿Cómo se llama?

—Kinlochbervie.

—Moira Farquhart tenía razón en considerarlo enrevesado. Gracias, Lynn, ya la llamaré en otro momento.

Poco después, recibió una segunda llamada.

Era el doctor Peters.

—Alan, ocurre una cosa muy rara —dijo.

—¿Sí?

—Se trata de un, diría yo, nuevo metal, una aleación en la que entra el hierro en buena proporción, con un notable porcentaje de oro bajo, lo que le proporciona ese color bronceado. También he encontrado rastros de plomo, pero lo que no comprendo es por qué tomarse tanta molestia para fabricar una aleación tan deleznable.

—¿Por qué dices eso, Russ?

—Hombre, tú mismo pudiste comprobarlo, por su propia fragilidad.

—Ése es un defecto que podría subsanarse, quizá.

—Con menos plomo y algo más de hierro, pero entonces no tomaría aspecto de bronce.

—Yo creí que el bronce se hacía con estaño y cobre.

—Aquí no se trata de fabricar el antiguamente tan acreditado bronce para cañones, sino de un metal que parezca bronce, eso es todo.

—Se necesitarán altas temperaturas, me imagino.

—Por descontado. Pero eso es cuanto te puedo decir por ahora, Alan.

—Es suficiente. Gracias, Russ.

Darney colgó el teléfono y volvió a su observación.

Darney abandonaba su observatorio muy de mañana, cuando era casi seguro que no llegaría ningún bulto de gran tamaño al almacén del anticuario, y volvía poco después. En una de las ocasiones, conectó la grabadora del teléfono y oyó:

—Sé que anda por ahí, investigando algo que no le importa en absoluto. Deje este asunto o le pesará. Y es mi última advertencia, Darney.

La voz, inconfundiblemente, era de Struthers. Darney no se inmutó por lo que era ya una amenaza sin rodeos.

Cierto día, vio un camión parado junto a la puerta del almacén. Dos robustos cargadores izaron a bordo una larga caja, con aspecto de féretro. A Darney le pareció que la caja contenía alguna estatua como la que había comprado lord Guthford.

Rápidamente, salió de su casa y subió a su coche. El camión le

llevó hasta el aeropuerto de Heathrow, en donde la caja fue depositada en un carguero que despegaba para Oriente Medio. A Darney le fue imposible hacer nada por evitar el embarque. Era un simple particular y sus sospechas no eran motivo suficiente para impedir la operación.

Días después, vio llegar un camión, que se arrimó de cola a la puerta del almacén. En los laterales de la caja leyó un rótulo, que iluminó su mente con la violencia de un fogonazo:

MILLER'S AGENCY. MESSAGERS.

Una caja de forma alargada fue descargada del camión e introducida en el almacén. Darney se dijo que no debía dejar pasar aquella noche sin actuar.

Al día siguiente, otra agencia se haría cargo de la caja para su envío fuera del país. Antes de que eso sucediera, él conocería el contenido de la caja.

Durante el resto del día y de la noche, no se movió de su observatorio. A las tres de la madrugada, Darney tenía la seguridad de que la caja seguía en el almacén.

Entonces, abandonó su cuarto, salió a la calle, recorrió un centenar de metros, dobló una esquina y se metió en el callejón.

Con ayuda de unos prismáticos de teatro había observado la puerta y su cerradura. Iba provisto de las herramientas necesarias, entre ellas, una sierra muy fina, movida por un motorcito eléctrico, accionado por batería.

La sierra cortó casi sin ruido la madera, trazando un círculo en torno a la cerradura. Por medio de una ventosa, Darney evitó que el conjunto cayera al interior e hiciera un ruido comprometedor.

Metió la mano por el hueco, pero no había ninguna barra de seguridad. El paso estaba libre.

Por medio de un paño y unas chinchetas, cubrió el hueco, a fin de que no se viera luz en el exterior. Buscó un interruptor y pronto dos potentes lámparas se encendieron en el techo.

La caja estaba allí, en el centro, aislada de los demás cachivaches. Darney se acercó y tanteó la tapa, hallando que ni siquiera estaba claveteada.

La levantó. Una estatua de bronce apareció ante sus ojos.

Era un desnudo femenino de gran belleza. Darney observó algunos detalles que llamaron especialmente su atención.

En primer lugar, la caja tenía algunos orificios, cuya existencia resultaba incomprensible. Una estatua no necesita de ventilación.

Y, en segundo lugar, ¿por qué, en lugar de virutas, se empleaba una gruesa capa de espuma de goma para evitar daños a la estatua?

Arrodillándose junto a la caja, examinó la obra de arte con toda atención. De pronto, descubrió que la nariz tenía dos orificios.

Tocó el metal con los nudillos. El sonido era metal, muy distinto de la respuesta musical que había obtenido semanas atrás, en la tienda donde había sido atendido por Otterburn.

Entonces, como respuesta a su golpecito, oyó un sonido que le puso los pelos de punta.

La estatua gimió.

CAPÍTULO VI

Darney retrocedió instintivamente un paso, aterrado en el primer momento por aquel gemido que había brotado, o al menos así se lo parecía, de los labios de la estatua. Pero reaccionó en seguida y volvió a arrodillarse, para dar el segundo golpecito en la brillante superficie que yacía sobre su blando lecho de espuma de goma.

El gemido se repitió. Ahora, ya no le cabía la menor duda, sabía que había una persona encaparazonada dentro del metal, envuelta por completo en una cáscara de falso bronce, que le impedía el menor movimiento.

El descubrimiento le hizo encontrar rápidamente los orificios laterales de la caja y los que había en la nariz de la estatua, que debían corresponder exactamente con los de la nariz auténtica, a fin de que la persona que había envuelta en el metal pudiera respirar sin dificultades. Pero ahora resultaba imperativo liberar a la que, por instinto, sabía era una mujer.

Ella volvió a gemir, como pidiendo socorro. A Darney le pareció que no tenía facilidades para emitir sonidos inteligibles. Sin embargo, calculó que sí podía escucharle.

—Tenga paciencia unos momentos, señora —dijo—. Trataré de liberarla sin hacerle el menor daño.

Poniéndose en pie de un salto, buscó en su propia caja de herramientas. El martillo saltó en su mano unas cuantas veces, mientras buscaba el mejor sitio para golpear, sin dañar a la mujer.

Por un momento, pensó en llevarse el cajón, pero tenía que hacer demasiadas cosas: buscar un camión, avisar a alguien de confianza... No había tiempo que perder, debía actuar inmediatamente.

Golpeó en el hombro y el metal se resquebrajó. Un par de golpes más abrieron sendas brechas en otras partes de la figura. Luego

volvió a golpear, ahora por la cara externa de los muslos. La cáscara saltaba con más facilidad de la prevista.

Lo más difícil era la cabeza, ya que un golpe demasiado fuerte podía privar de sentido a la mujer e incluso dañarla seriamente. Tras unos segundos de reflexión, decidió golpear en el mentón primero.

—Apriete los dientes con fuerza, señora —avisó.

Ella contestó con un gemido que parecía un «sí». Y Darney procuró calcular bien el golpe.

El metal se partió tal como lo hubiera deseado, longitudinalmente, desde la barbilla a la frente. Ahora ya sólo faltaba utilizar un cortafríos como palanca, cosa que hizo sin pérdida de tiempo.

La grieta se ensanchó. Darney pudo introducir los dedos y separar el metal. Sonó un crujido y la cabeza de falso bronce se abrió en dos.

Un hermoso rostro de mujer apareció ante sus ojos. Ella le miró, con el terror reflejado todavía en sus facciones.

—¿Quién es usted? —preguntó Darney.

—Lo siento, no le oigo —contestó la joven—. Los golpes que ha dado me han dejado sorda.

Darney sonrió, porque comprendía la lógica de aquella respuesta. A cualquier persona, en el puesto de aquella encantadora joven, le habría pasado lo mismo, pese a que el caparazón de metal no era precisamente bronce de campanas.

Unos cuantos golpes más y la ayuda del cortafrío y las tenazas fueron suficientes para hacer fragmentos la estatua. La mujer quedó liberada al fin y entonces Darney se dio cuenta de que llevaba puesta una especie de malla, que cubría enteramente su cuerpo. La malla, calculó, era como protección contra el frío causado por el contacto con el metal.

—¿Me oye ahora? —preguntó.

—Sí, perfectamente. Soy Delia Moore —contestó ella.

—¿De dónde viene? ¿Cómo está aquí?

Delia se pasó una mano por la frente.

—No lo sé… Hay una laguna en mi mente. Sólo sé que vivía en Londres hace tiempo. Un día fui de viaje, pero no recuerdo muchos detalles.

—Sin duda, pasó por un pueblo pequeño —adivinó Darney.

—Sí, aunque tampoco puedo recordar su nombre. ¿Quién es usted? —Quiso saber la joven.

—Mi nombre poco le diría —respondió él evasivamente—. Pero estoy seguro de que ese pequeño pueblo se llamaba Kinlochbervie, ¿no es así?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—No importa, señorita. Ahora lo interesante es salir de aquí. —Delia seguía aún tendida sobre el mullido—. ¿Cree que podrá caminar con mi ayuda?

—Lo intentaré.

Darney la agarró por los hombros primero y luego por la cintura, sacándola a pulso de la caja. Al poner el pie en el suelo, Delia se tambaleó, pero el fuerte brazo masculino la sujetó por el talle.

—No tenga miedo —dijo—. Ya está a salvo…

De repente, Darney se interrumpió. Habían sonado pasos a sus espaldas y empezó a volverse, pero algo le golpeó en la sien con terrible fuerza y le hizo perder el sentido instantáneamente. Ni siquiera tuvo tiempo de oír el grito de horror de Delia quien, unos segundos más tarde, caía inerte a su lado.

* * *

La cabeza le dolía horriblemente. Al intentar moverse, Darney se percató de que estaba sólidamente atado de pies y manos, y además, amordazado.

Hizo unas cuantas inspiraciones, muy profundas, y consiguió así disipar en parte el vértigo que todavía sentía, aunque no logró alejar el dolor de cabeza. Pero esto era algo que podía soportar perfectamente.

Entreabrió los ojos. Una barricada de cajones de embalaje le privaba de la visión. No obstante, pudo darse cuenta de que estaba en uno de los lados del almacén.

De pronto, oyó voces:

—Es preciso solucionar ese asunto —dijo alguien, un hombre.

—Ese maldito entrometido puede dar al traste con el negocio —

se quejó una mujer.

—No te preocupes —dijo él—; hoy mismo dejará de constituir una preocupación para nosotros.

A pesar de su precario estado físico, Darney pudo reconocer la voz de Otterburn, el empleado de confianza del anticuario. En cambio, no conseguía identificar a la mujer.

—Me pregunto cómo supo que teníamos aquí a la chica —dijo ella.

—Es un tipo demasiado astuto —aseguró Otterburn—. Y el cómo ha llegado hasta aquí, no debe preocuparnos en lo sucesivo. No sabemos cómo llegó, es cierto, pero sí sabemos cómo saldrá.

—¿Y la chica?

Darney adivinó un encogimiento de hombros en Otterburn.

—A Jerry se le fue la mano —contestó.

—Lo siento —sonó una voz profunda, que parecía brotar de una inmensa caverna—. No creí que tuviera el cráneo tan frágil.

—Es suficiente, Jerry, ya está hecho, y, en medio de todo, lo principal es la seguridad.

Darney se estremeció, Delia Moore había sido libertada de su caparazón de metal, sólo para morir minutos más tarde.

—Bien, pero ¿qué hacemos con el detective?

—De momento, está ahí seguro y no nos molestará —respondió Otterburn—. Pronto será de día y no podríamos actuar con tranquilidad. Esperaremos a que llegue la noche.

—Habrá que lastrar su cuerpo mejor que el otro —aconsejó ella.

—No tengas cuidado, no emergerá a la superficie, como Pawan —contestó Otterburn con acento estremecedor.

—Muy bien, pero antes de que nos marchemos, asegúrate de que no está en condiciones de jugarnos una mala pasada.

—Eso es algo muy razonable.

Darney cerró los ojos y procuró hacer acompasada su respiración, dentro de las lógicas dificultades que le imponía la mordaza de cinta adhesiva que tapaba sus labios por completo. Oyó pasos y luego sintió unas manos que palpaban su cara.

Unos dedos levantaron sus párpados. Darney procuró simular que aún no había recobrado el conocimiento.

—Sigue sin sentido —informó Otterburn momentos más tarde.

—Muy bien, pero ¿qué hacemos con el cuerpo de la chica?

—No te preocupes; Jerry se encargará de ese asunto. Por fortuna, tenemos aquí envolturas de repuesto.

—Lewis, ese metal me ha parecido siempre muy frágil —observó la mujer—. ¿Por qué no lo funden más sólido?

—¿Y cómo podrían soltar a las chicas más tarde?

—Sí, tienes razón —convino ella.

Otterburn se volvió hacia el otro individuo.

—Empieza a trabajar, Jerry —ordenó—. Y no te olvides de echar un vistazo a Darney de cuando en cuando.

—Sí, señor.

«Me han reconocido», pensó el joven.

Sonaron pasos. Al salir, ella preguntó:

—Lewis, ¿cómo nos desharemos del cuerpo de Delia?

—Oh, lo haremos transportar en nuestro carguero privado. La panza del avión se abrirá cuando esté sobrevolando el Canal de la Mancha y…

«Adiós, Delia», se despidió Darney mentalmente de la infortunada muchacha.

* * *

El sonido llamó especialmente su atención. Parecía un soplete, pero sin el ruido característico de tales herramientas. Darney se preguntó qué clase de trabajo estaría haciendo Jerry, a quien no conocía, aún personalmente.

Él también estaba dedicado a su trabajo, soltarse las ligaduras. Lenta y tenazmente, frotaba las cuerdas que ligaban sus muñecas contra el borde de uno de los cajones. Cuando el soplete se paraba, él se detenía también.

De pronto, cuando ya había pasado un tiempo que no sabía calcular con exactitud, oyó que Jerry hablaba con alguien por teléfono:

Darney no escuchó la respuesta. Sólo oyó a Jerry:

—Señor Otterburn, la estatua está lista.

—Muy bien, llevaré la caja al lugar indicado en la furgoneta de reparto.

Después, el joven oyó pasos. A través de los párpados

entornados, pudo ver que un hombre le miraba con curiosidad. Sí, era un tipo fenomenal, quizá el mismo que había mencionado la dueña de la pensión donde había residido Mala Scardroy.

Jerry se alejó. Darney oyó poco después el zumbido de una carretilla elevadora, probablemente eléctrica.

A los pocos momentos, sonó el ruido de un motor de automóvil. Unos segundos más tarde, Darney supo que estaba solo en el almacén.

Aceleró sus esfuerzos. Una de las cuerdas saltó de pronto.

Gotas de sudor caían por su rostro. Minutos más tarde, sentado en el suelo, se frotaba las muñecas, para restablecer la circulación de la sangre.

El resto resultó ya mucho más fácil. A saltitos, abandonó el rincón y buscó una herramienta cortante. Minutos más tarde, estaba en el callejón, respirando el aire de la libertad.

Su barba había desaparecido, así que juzgó más conveniente no volver momentáneamente por la casa que había ocupado Burleigh, el supuesto escritor. Alquiló un taxi y le dio una dirección.

Media hora más tarde, una asombrada joven le recibía en la puerta de su casa.

—¡Alan! Pero ¿qué…?

Jadeante, casi sin aliento, Darney exclamó:

—Lynn, haga el favor de pagar el taxi que está aguardando en la puerta. Luego le contaré todo.

—Sí, por supuesto —accedió la muchacha, sin saber muy bien de qué se trataba. Darney entró en el piso y buscó una botella, de la que se sirvió una buena dosis.

Lynn regresó momentos más tarde. Cerró con doble vuelta de llave y se sentó frente a él.

—A usted le ha sucedido algo grave —adivinó.

—He estado a punto de morir y, prácticamente, he sido testigo de un asesinato —contestó él—. Lo peor de todo es que conseguí librar a la víctima, pero no sirvió de nada; ella murió apenas un cuarto de hora más tarde después de haber salido de su cárcel de falso bronce.

Lynn se apretó la cara con ambas manos, horrorizada por aquellas palabras.

—¿Otra mujer… encerrada en una cáscara de metal, como Scylla

Watson? —exclamó.

—Sí, pero ahora con la diferencia de que estaba viva. Vi que traían una caja análoga a la que contuvo la estatua donde estuvo Scylla y…

Darney explicó a la joven todo, sin omitir el menor detalle. Al terminar, Lynn se echó a llorar.

—¿Qué le pasa? —Se asombró él—. ¿Por qué llora?

—¿Es que no lo comprende? A mi hermana ha debido de ocurrirle algo parecido —respondió ella.

Darney apretó los labios.

—Es cierto, no había caído —murmuró.

Había que hacer algo, se dijo. Pero ¿por dónde empezar?

Súbitamente, un fogonazo iluminó su cerebro.

—¡Ya está! —dijo—. Lynn, la guía telefónica, sección comercial. Busque la Agencia Miller de Repartos.

Ella obedeció en el acto. Minutos más tarde, tenía la respuesta:

—Está en el trescientos doce de Chelsea Embankment. Alan.

Darney meditó unos instantes. Luego miró un reloj de pared que adornaba la salita.

—Son las dos y media de la tarde —dijo—. Estoy muerto de hambre y de sueño. ¿Puede usted darme algo de comer y luego indicarme una habitación dónde descansar un rato?

—Sí, desde luego —accedió ella, presurosa—. ¿Tiene interés en que le despierte a alguna hora determinada?

—No hay prisa, porque hasta que esté bien entrada la noche, no pienso hacer mi excursión a la Miller's —contestó Darney.

Lynn estaba ya en la puerta que daba a la cocina. Desde allí, se volvió y dijo:

—No irá solo a esa excursión, Alan.

CAPÍTULO VII

A Darney le hubiera gustado ir a su casa para cambiarse de ropa, pero prefería hacerse el ausente por el momento. Lynn, comprendiendo su apuro, cepilló y limpió su traje, aunque no pudo facilitarle ropa interior.

Ella, por su parte, se vistió con un pulóver azul marino y pantalones negros. Su abundante cabellera quedaba sujeta por una cinta de color rojo oscuro. Darney aprobó la indumentaria de la muchacha; era la más adecuada para la ocasión.

Lynn condujo su propio coche. Eran ya las dos de la madrugada, cuando detuvo el vehículo a prudente distancia del edificio en que estaba instalada la Miller's Agency.

Caminaron a pie. Una o dos veces se cruzaron con sendos policías que hacían su ronda nocturna. Por fin, divisaron el rótulo de la agencia.

Estaba instalada junto a una esquina, que daba a un callejón apto para la carga y descarga de mercancías.

—Lógico, si se piensa en la proximidad de los muelles del Támesis —murmuró Darney.

Entraron en el callejón. Había una escalera lateral, adosada a la pared, que terminaba en una puertecita situada a varios metros sobre el suelo. Darney subió primero, pisando con todo cuidado, para no hacer ruido.

La puerta, naturalmente, estaba cerrada. Pero Darney descubrió una hilera de grandes ventanales, que servían tanto para dar luz como para la ventilación del almacén. El más próximo estaba a cosa de metro y medio del descansillo superior y tenía la parte inferior entreabierta.

—No se mueva, Lynn —dijo en voz baja.

Alargó la mano izquierda y se agarró al antepecho de la ventana. Luego, a pulso, se izó hasta pasar al interior. Sujetándose sólo con

una mano, sacó del bolsillo trasero de los pantalones la pequeña lámpara que Lynn le había proporcionado.

Debajo de él había una especie de pasillo en voladizo, con otra escalera interior. Darney se dejó caer suavemente al pasillo y corrió a la puerta, cuyo cerrojo descorrió sin dificultad.

—Adentro —dijo al abrir.

Lynn le contempló con ojos maravillados.

—¿Dónde ha aprendido tantas cosas? —preguntó.

—Las enseñan en el Ejército, a determinadas fuerzas —contestó él—. Deme la mano y sígame puntualmente.

Lynn obedeció. Peldaño a peldaño, descendieron en silencio, hasta llegar al piso del almacén.

Entonces, la linterna descubrió la primera estatua del falso bronce.

Estaba en pie, adosada a la pared. Había más estatuas, algunas de ellas en sus cajas de embalaje.

—Me pregunto si estarán *llenas* —murmuró Darney.

Lynn sufrió un fuerte estremecimiento.

—Por favor —rogó.

Habría algún interruptor en alguna parte, pero Darney no quería correr riesgos y se limitó a usar la lamparita portátil para explorar el almacén. Había bastantes mercancías, entre las que figuraban unos diez o doce grandes barriles metálicos que, supuso, debían de contener alguna clase de líquido.

Pero era preciso comprobar si las estatuas estaban *llenas,* como había dicho irnos momentos antes, o, por el contrario, eran simples cáscaras por llenar. Buscó una herramienta, pero lo único que pudo encontrar fue una gruesa barra de hierro.

—Esto servirá —calculó.

La linterna pasó a manos de la muchacha. De pronto, Lynn le agarró por un brazo.

—Tenga cuidado; una de ellas puede ser mi hermana —advirtió.

Darney se volvió hacia la joven.

—¿Está convencida de que ha seguido esa suerte? —preguntó.

Lynn movió la cabeza arriba y abajo varias veces. Darney sonrió y luego alzó la barra para asestar el primer golpe.

Pero no pudo hacerlo. Algo se lo impidió.

Un disparo de arma de fuego.

Y una voz:

—¡Quietos donde están o el próximo irá al bulto!

* * *

Darney y Lynn se quedaron paralizados por el asombro. El joven se maldijo a sí mismo por haber pasado por alto la posibilidad de un vigilante nocturno.

—Sigan así —ordenó el individuo, que también era portador de una linterna, aunque de mayor potencia que la de Lynn—. Encenderé la luz y…

—Amigo, le aseguro que no pretendemos robar nada —dijo Darney, procurando dar a su voz un tono de serenidad—. Si me deja explicarme, sabrá por qué estamos aquí.

La luz se encendió bruscamente. Un hombre de mediana edad, con un uniforme de color azul oscuro, se acercó a la pareja, pistola en mano.

—De modo que no han venido a robar —dijo el vigilante, sarcástico.

—Así es, aunque no lo crea. Sólo tratamos de impedir que siga cometiéndose una horrible serie de crímenes…

El vigilante se echó a reír.

—¿A quién pretende engañar con ese cuento, amigo? Mire, he hecho un disparo y pronto vendrá la policía. Y si tarda mucho, dispararé dos o tres tiros más. Ustedes ya se arreglarán con los *polis*; yo tengo mis órdenes con respecto a este almacén y no necesito añadir más.

Darney echó mano al bolsillo de su pantalón.

—Quieto —amenazó el vigilante—. No me haga ningún gesto sospechoso…

—Sólo quería darle algo de dinero, pero me lo quitaron anoche —manifestó el joven—. Lynn, usted…

—Lo siento, no pensé necesitarlo y tengo los bolsillos tan limpios como los suyos.

Darney apretó los labios. El vigilante, calculó, debía de ser ajeno a los manejos de Otterburn.

—Hagamos un trato, amigo —propuso—. Usted ha visto que no

hemos robado nada. Por tanto, carece de sentido que nos entregue a la Policía. Déjenos marchar y al salir, vaya a la dirección que la señorita le indicará y recibirá cincuenta libras.

—En el acto y sin regateos —añadió Lynn.

El hombre vaciló.

—Está claro que no han robado nada, pero…

De pronto, Lynn se puso la linterna bajo el brazo y con la mano derecha, forcejeó para sacarse un anillo de uno de los dedos de la otra mano. Al cabo de unos momentos, consiguió sus propósitos. El anillo destelló frente a los ojos del vigilante.

—Vale seiscientas libras —dijo—. Quédeselo y devuélvamelo por la mañana, a cambio de las cincuenta prometidas.

El vigilante seguía dudando. De pronto, metió la pistola en la funda y colgó la linterna del gancho que llevaba en el cinturón. Acto seguido, se rascó la cabeza.

—No sé si debo…

—Setenta y cinco libras —exclamó Lynn, resuelta.

—Me están poniendo nervioso —declaró el vigilante con un gruñido.

Y, de pronto, se puso un cigarrillo en la boca.

—Está bien —dijo—. Pueden irse, pero, antes, dígame su dirección, señorita.

Lynn lo hizo así. El vigilante, entre tanto, había sacado un fósforo y se disponía a rascarlo.

De pronto, Darney se volvió y golpeó la estatua más cercana con los nudillos.

Una voz gemebunda fue la respuesta al golpe. El vigilante había encendido el fósforo y la sorpresa le dejó los dedos sin fuerza. El fósforo cayó al suelo.

Una llamita se encendió rápidamente y corrió a gran velocidad por el suelo hacia uno de los barriles. Darney sintió que se le ponían los pelos de punta.

—¡Lynn, corra!

El reguero de fuego se deslizó por el pavimento encementado, ascendió por una de las paredes de un barril de lata y desapareció en su interior. Un segundo más tarde, se produjo la explosión.

El vigilante corría despavorido. Chorros de fuego salían proyectados en todas direcciones. Darney no entendía cómo había

podido derramarse el combustible del bidón.

Más explosiones se sucedieron casi en cadena, con estruendo aterrador. El vigilante, sin embargo, conservó la serenidad suficiente para hacer funcionar la sirena de alarma y luego accionó el mecanismo de apertura del gran portón de acceso al almacén.

Las llamas alcanzaron un enorme incremento en pocos minutos. Desde un lugar seguro, Darney y Lynn contemplaron el incendio, cuyas llamas llegaban a enorme altura.

Darney se sentía aterrado. En medio del fragor del incendio, creyó escuchar los alaridos de seis u ocho desgraciadas mujeres que, literalmente, se asaban vivas dentro de sus caparazones de metal. Alguna de aquellas infelices estaba aún con vida en el momento de producirse el fuego y su horror habría llegado al infinito al darse cuenta de la espantosa muerte que la esperaba y contra la cual no cabía defensa posible.

* * *

Burnton llegó al día siguiente al piso de Lynn, a requerimiento del propio Darney. El financiero había leído los periódicos y estaba consternado por lo ocurrido.

—Espeluznante —declaró—. La policía ha encontrado los restos de nada menos que siete mujeres, calcinadas vivas.

—¿Qué dicen los periódicos del dueño de la agencia Miller's? —preguntó Darney.

—Era un tal Struthers y ha desaparecido. En cuanto a Otterburn, manifiesta no tener nada que ver con el asunto.

—Habría que preguntarle dónde ha enterrado a Hannahan, su jefe.

—Hannahan está en Glasgow. Ha telefoneado a su tienda y a Scotland Yard. La policía de Glasgow ha corroborado su estancia en aquella ciudad, así como algunos comerciantes del ramo y el hotel en que se aloja.

—Entonces, es cómplice también.

Burnton se encogió de hombros.

—No puedo asegurar nada al respecto, Alan —contestó.

—Pero no entiendo. ¿Cómo pudo producirse el incendio? —

intervino la muchacha.

—El vigilante era todo menos lo que su nombre indica —respondió Burnton cáusticamente—. El tiro que disparó perforó un barril de petróleo y el líquido se derramó por el suelo.

—Y una cerilla hizo el resto —dijo Darney con acento lleno de amargura.

Hubo un momento de silencio.

—En resumen, estamos parados —habló Burnton al cabo.

—Habría, tal vez, una solución, aunque muy arriesgada —dijo Darney.

—¿Cuál es, Alan?

Lynn era la que había hablado. Darney se volvió hacia ella.

—Usted me pidió que buscase a su hermana, pero yo no puedo hacer ciertas cosas, al menos durante un período prolongado de tiempo —dijo.

—Bueno, ¿por qué no hablas más claro? —Pidió Burnton—. ¿Qué es lo que no puedes hacer durante largo tiempo?

—Pasar por una mujer. Además, tiene que ser joven y bonita. Como Lynn. Y como era su hermana.

—¿Adónde quiere ir a parar, Alan?

Darney meneó la cabeza.

—No… Es demasiado arriesgado…

—Vamos, suéltalo de una vez —exclamó Burnton, impaciente.

—No puedo afirmar nada, no estoy seguro en absoluto, ya que mi cabeza no regía mucho en aquellos momentos. Resultaba lógico que Otterburn estuviese en el almacén de la tienda de antigüedades, pero la presencia de Moira Farquhart puede parecer incomprensible a primera vista. Sin embargo, cada vez que lo pienso más, me voy convenciendo a mí mismo de que la mujer que acompañaba a Otterburn no era otra que la directora de la residencia femenina.

Lynn asintió.

—Creo que comprendo —dijo—. Usted pretende que vaya allí, pida una habitación y me convierta en huésped de esa residencia.

—Justamente, Lynn, pero no querría verla en peligro…

—Estaré prevenida —aseguró la muchacha llanamente.

CAPÍTULO VIII

Antes de partir, Darney enseñó a Lynn ciertas modificaciones que había introducido en su equipaje.

—Usted hará su vida normal, sin preocupaciones de ninguna clase —dijo—. Es posible que Moira le pida realizar determinados trabajos. Antes de acceder, entérese del nombre de la persona que quiere verla y de su dirección. He hablado con Burnton y está conforme en solicitar sus servicios con cierta regularidad, lo cual le permitirá excusar otros trabajos. Pero si viera que le es imposible resistirse, simule acceder y luego llámele a él o a mí, desde un lugar discreto.

—Entendido, Alan. ¿Qué más?

—He puesto un minúsculo transmisor en las asas de sus bolsos y de sus maletas. Mire, el interruptor está aquí —le enseñó uno de los bolsos—. Normalmente, nadie que no sepa el truco hará presión en ese punto. Usted, sí, puesto que lo conoce.

—¿Transmite la voz humana?

—He previsto que puede haber una ocasión que le resulte imposible hablar. Por tanto, el transmisor lanzará al éter solamente señales acústicas. Si sale de Londres, un golpe significará que viaja hacia el Norte; dos hacia el Este, tres al Sur y cuatro al Oeste. A continuación, transmitirá los golpes necesarios para señalar la hora aproximada de partida. ¿Lo va comprendiendo, Lynn?

—Sí, perfectamente —respondió la muchacha.

—Las horas irán desde las cero, es decir, las doce, hasta las veinticuatro. Primero lance los golpes que indiquen la hora. Luego marque los cuartos por uno, dos o tres golpes. No habrá cuatro golpes, porque ya será el principio de la hora siguiente.

—Lógico —sonrió ella—. ¿Qué más, Alan?

—Finalmente, un golpe para cada cincuenta kilómetros, aproximadamente. Conociendo el rumbo, la hora de salida y la

distancia recorrida, podré saber, aproximadamente, el punto en que se encuentra.

—¿Qué me dice de la matrícula del coche?

—Espléndido. Primero, tantos golpes como cada letra tiene su número de orden en el alfabeto y luego el correspondiente a cada cifra, después de un intervalo de, digamos, diez o doce segundos. En mi casa habrá un receptor, con una grabadora acoplada en constante funcionamiento. Procure conservar la calma en todo momento y no pierda la serenidad. Eso es todo, Lynn.

—Creo que sabré salir adelante —aseguró ella.

—Yo también lo espero así. Pero ahora, para mayor seguridad, repetiremos varias veces este código, a fin de que se lo aprenda bien de memoria y no haya errores. Por supuesto, cuando salga de casa, trate de ver si la siguen.

—Sí, Alan.

—Y caso de que averigüe algo, no tenga prisa en llamarme o en llamar a Burnton. Yo comprendo perfectamente su impaciencia por Joan, pero no podemos permitirnos el lujo de un paso en falso.

Lynn se puso seria de pronto.

—A estas horas, ya habrá muerto —vaticinó tristemente.

Dos horas más tarde, Lynn llamaba a la puerta del ciento dos de Kennington Lane. Minutos después, se encontraba en presencia de la directora de la residencia.

—¿Señora Farquhart? Soy Lynn Dickerson y desearía tomar una habitación en su casa —manifestó la muchacha.

Una comprensiva sonrisa apareció en los labios de Moira.

—¿Hermana de Joan Dickerson? Oh, cuánto me alegro —exclamó, con tono lleno de afabilidad—. Joan estuvo algún tiempo en mi residencia, hasta que se despidió, y puedo asegurarle que no he conocido muchacha más dulce y encantadora que ella. Lynn, permítame que la llame así, preveo que no sólo se encontrará aquí magníficamente, sino que acabaremos siendo grandes amigas.

La joven sonrió igualmente.

—Yo también estoy convencida de ello, señora Farquhart —contestó.

* * *

Darney oyó el timbre de la puerta y cruzó la sala para abrir. En el umbral, divisó la figura de su amigo Burnton.

—Pasa, Quentin —invitó.

—¿Noticias, Alan? —solicitó el visitante.

—Ninguna que ya no conozcas. Siéntate por ahí, te prepararé algo de beber. Ah, dispensa el recibimiento; la verdad sea dicha, no me atrevo a volver por mi departamento, más que en contadas ocasiones y a altas horas de la madrugada.

La mirada de Burnton se paseó por la estancia.

—Desde luego, no se respira aquí lo que comúnmente se llama lujo asiático —comentó, amigablemente irónico.

—Pero es un lugar secreto, que sólo conoces tú, y eso es lo que importa por ahora.

—Sí, eso sí es verdad —convino el visitante.

Darney vino con dos *high-balls* mediados de escocés y cubitos, y se sentó frente a su amigo.

—Ella no ha dicho nada de nuevo —manifestó—. Todo se desarrolla normal y correctamente en la residencia.

—Están dejando pasar la tempestad —dijo Burnton, después de un trago—. Luego volverán a las andadas.

—A enviar mujeres jóvenes al extranjero, encerradas en caparazones de metal —opinó el joven.

—Pero ¿por qué lo hacen así? ¿No les resultaría más cómodo sobornarlas y enviarlas por su propio pie o, como máximo, vigiladas por alguien de confianza?

—Demasiados gastos, Quentin. Ellas podrían negarse, en primer término, o, si aceptasen, exigirían tal vez una suma demasiado elevada, lo que no redundaría precisamente en un beneficio para la organización. El procedimiento de la estatua de arte es lo más seguro.

—También caro, opino yo.

—Es probable, pero el receptor debe pagar bien o no sería rentable.

—Eso es cierto. Pero ¿cómo se someten a una acción semejante?

—Narcosis —respondió Darney con acento lleno de convicción —. Sencillamente, las propinan una droga que las debe de tener largos días sumidas en la inconsciencia. Llegarán muy debilitadas a su punto de destino, es lógico, pero, en general, se trata de

muchachas jóvenes y fuertes, aparte de hermosas, que es el punto principal, y en una semana pueden recuperarse fácilmente para alegría y satisfacción de su propietario.

—Su propietario —dijo Burnton con repugnancia—. Parece que estemos hablando de un amo cruel y sus esclavos.

—En este caso, desgraciadamente, el tópico se hace real, Quentin. Quizá sobre el calificativo de cruel, pero la realidad es ésa; alguien compra esclavas blancas.

—La policía ha conseguido averiguar un buen número de envíos a los sultanatos de Oriente Medio y del golfo Pérsico.

—Sí, donde reinan jeques cuyo suelo de arena descansa sobre océanos de petróleo, lo que les convierte en personajes de *Las mil y una noches*.

—Y con la lámpara mágica de su dinero, consiguen cuanto se proponen.

—Exactamente. Pero como no hay pruebas de los raptos realizados, no se pueden efectuar las investigaciones pertinentes.

—Struthers ha desaparecido. Parece como si se lo hubiese tragado la tierra —observó Burnton pensativamente.

—¿Se llamaba Struthers realmente? ¿Era aquélla su apariencia verdadera?

—¿Dudas de que ése fuese su nombre y que tuviera aquel aspecto?

Darney sonrió.

—Yo he usado los nombres de Mowbray y de Burleigh y he cambiado de cara y de indumentaria en más de una ocasión. ¿Por qué no pudo hacer Struthers lo mismo? —contestó.

—Es cierto —admitió Burnton—. Las investigaciones de la policía en Kinlochbervie no han dado resultado positivo —añadió—. Nadie sabe nada en el pueblo ni ha visto el camión de la agencia Miller’s.

—El almacén del anticuario estará vigilado, supongo.

—Noche y día Alan, pero no ha vuelto a llegar ningún camión con una caja conteniendo una estatua.

Hubo un momento de silencio. De pronto, sonó el teléfono.

Darney alargó la mano y se apoderó del auricular.

—¿Alan? —sonó una voz femenina de inmediato.

—Es Lynn —murmuró el joven, dirigiéndose a su amigo—. Sí,

yo mismo —alzó la voz.

—Todo en orden, nada nuevo —informó la muchacha.

—Paciencia, Lynn —recomendó Darney—. Recuerde que sólo lleva un par de semanas en la residencia. Todo llegará, créame.

—Lo sé, pero es acongojante no saber nada de mi hermana.

—No se puede hacer nada por Joan ya, ni viva ni muerta; y si usted intentase algo, su vida no valdría diez peniques. Se lo aseguro, Lynn; el mejor método para llegar al asunto es tener paciencia.

—Sí —suspiró ella—. Oiga Alan, Moira me ha hablado de un individuo que quiere contratar una secretaria para un fin de semana. Pagará bien, dice, y aunque no me gustaría aceptar, no me he atrevido a rechazar la propuesta por no levantar sospechas.

—¿Quién es? —preguntó él.

—Randolph Mutterhire —contestó Lynn.

—Aguarde un momento —pidió Darney. Se volvió hacia su amigo, a la vez que tapaba el micrófono con una mano, y preguntó —: Quentin, ¿conoces tú a un tal Randolph Mutterhire?

—¡El buen Randy! Claro que lo conozco; es muy buen amigo mío y…

—Bien, espera un instante; después hablaremos. —Darney destapó el teléfono y dijo—: Acepte, Lynn, será un fin de semana totalmente inocente.

—Gracias, Alan. Me hubiera sabido mal tener que rechazar la oferta, pero así, me siento mucho más tranquila.

—No se preocupe, repito. Ah, una cosa, ¿sabe si la han seguido?

—No creo —contestó ella.

—Bien, eso es todo. Llámeme en cuanto regrese de su fin de semana.

Darney colgó el teléfono y se encaró con su visitante.

—Quentin, tienes que hablar con tu amigo Mutterhire y explicarle lo que sucede. Pídele discreción absoluta y, por supuesto, una total corrección con Lynn. Ya me imagino que se habría hecho determinadas ilusiones para este fin de semana, pero estimo será suficientemente comprensivo como para prestarnos este pequeño favor.

Burnton sonrió.

—Termina de aclarar las cosas —rogó.

Darney lo hizo así. Al concluir, Burnton se puso en pie.

—Randy es un calavera, pero también un chico excelente —calificó—. Bueno, ya pasa de los cuarenta, aunque se conserva muy bien… quizá porque es soltero.

—Se dice que los casados viven más que los solteros, Quentin.

—Por eso estoy pensando yo en casarme, pero no encuentro la pareja ideal. Tal vez, cuando todo esto termine, hable con Lynn…

A Darney, sin saber por qué, aquellas palabras le hicieron sentir una extraña irritación que, no obstante, procuró ocultar tras una risita de circunstancias.

Burnton se marchó y él se sirvió una nueva dosis de licor.

—Casarse con Lynn —bufó—. Veremos si le dejo.

El tiempo transcurrió lentamente. Pasaron varias semanas más. El verano tocaba a su fin y las investigaciones no habían adelantado un solo paso.

—Son muy hábiles, indudablemente —dijo Darney cierto día de principios de septiembre, al encontrarse casualmente con su amigo Burnton en la puerta de su accidental nuevo domicilio—. No quieren correr ningún riesgo y antes de cada paso, miran muy bien dónde ponen el pie.

—Tienen que hacerlo así. Para ellos, además del negocio que perderían, significaría pasarse el resto de sus días tras una reja.

Los dos hombres entraron en el ascensor. Momentos después, Darney abría la puerta de su departamento.

Lo primero que hizo fue conectar la grabadora acoplada al receptor de radio. Casi en el mismo instante empezaron a oírse una serie de cortos pitidos, que le arrancaron una exclamación instintiva:

—¡Ya ha salido hacia Kinlochbervie, Quentin!

CAPÍTULO IX

Muy excitado, Darney hizo retroceder la grabación y puso la cinta nuevamente en marcha. A los pocos momentos, sonó un pitido.

—Hacia el Norte —adivinó.

Luego sonaron catorce pitidos. Tras una pausa, se oyeron dos más.

—Han salido a las dos y media, en dirección Norte —dijo.

Ya no se oyeron más sonidos. Darney consultó la hora.

—Llevan casi tres horas de viaje —declaró.

Y, para comprobarlo, aceleró la marcha de la cinta, con lo que pudo captar cinco pitidos.

—Eso significa que ya está, por lo menos, a doscientos cincuenta kilómetros de Londres, considerando una velocidad media de noventa kilómetros a la hora. Es preciso tener en cuenta que han de atravesar numerosas localidades y eso reduce el ritmo de marcha.

Burnton asintió.

—Sin embargo, me asalta una duda —manifestó.

—Habla —pidió Darney, que ya empezaba a preparar su equipaje.

—La dirección, la hora y la distancia, son aproximadamente correctas. Pero ¿qué dices de la fecha? Pudieron haber partido ayer… o anteayer… o hace días…

—No —contradijo el joven—, porque todos los días hacía funcionar varias veces la grabadora y ésta es la primera vez que ha recogido algún sonido. Lynn tenía orden de no hacer funcionar su emisora si no salía de Londres.

—Me has convencido —dijo Burnton—. Sin embargo, no podrás convencerme de una cosa.

—¿Cuál, Quentin?

—Que me quede aquí, dejándote ir solo.

Darney volvió los ojos hacia su amigo.

—Puedes correr graves riesgos —dijo.

—Lynn está en peligro —contestó Burnton.

—Te enviaré un buen regalo de boda.

Burnton se echó a reír.

—No se presentará esa ocasión —contestó—. Hablé con ella durante un tercer *fin de semana* con Mutterhire; tú sabes que Randy aceptó participar en el juego, a fin de evitar sospechas sobre Lynn. Ella me dijo que lo sentía muchísimo, pero… En fin —suspiró Burnton—, no soy el hombre de su vida. Aunque no por ello dejo de apreciarla y no quiero que le pase nada. ¿Entendido?

—De acuerdo, Quentin. Te dejaré una de mis pistolas, pero ten en cuenta una cosa: en todo momento habrás de obedecer mis instrucciones. Perdona que me muestre autoritario, pero tengo cierta experiencia en esta clase de asuntos.

—No hay inconveniente, Alan. Además, te conviene mi colaboración.

—¿Por qué?

—Es muy sencillo. Aunque sea falsa modestia, he de decir que mi automóvil es mejor y más rápido que el tuyo.

—Ésa es una ventaja con la que no había contado y de la cual sacaremos el debido provecho —contestó Darney llanamente.

* * *

El coche rodaba a la máxima velocidad permitida, horadando las tinieblas con los cuatro haces gemelos de luz de, sus faros. Los dos amigos habían tomado la autopista M-1, lo que les permitía una velocidad más sostenida, a pesar de que su rumbo no fuese Norte de un modo estricto. En poco más de tres horas habían rebasado ya Carlisle y ahora rodaban por la carretera número 74, en dirección a Glasgow.

Pasada la medianoche, rebasaron Glasgow. En una gasolinera situada a la salida de la población, Darney preguntó si habían visto un coche en el que viajaba una mujer como la que figuraba en una fotografía que había tomado tiempo atrás a la muchacha.

El empleado contestó negativamente. Después de repostar, los

dos amigos partieron de nuevo.

Segundos más tarde, un individuo se hizo visible y entregó al empleado cinco billetes de diez libras.

—Aquí tiene, amigo, y muchas gracias por su respuesta —dijo.

—Oiga, esto no será nada malo, supongo yo…

—No se preocupe —sonrió Struthers—; sólo se trata de evitar a un marido celoso, que se niega a conceder el divorcio a su esposa.

—Ah, ya entiendo. Bueno, muchas gracias, señor…

Struthers no contestó. Se encaminaba ya hacia su coche, estacionado en un lugar situado en la oscuridad, fuera de las luces que alumbraban la gasolinera.

Abrió la portezuela y se sentó en el asiento posterior.

—Vamos, Jerry —ordenó.

—Sí, señor —contestó el chófer, impasible.

Mientras, en el automóvil que viajaba delante, Burnton, menos resistente que su amigo, empezaba a acusar ya el cansancio del viaje.

—Creo que dormiré un rato —dijo—. ¿Qué ruta piensas seguir? —inquirió.

—La ochenta y dos hasta Inverness. Aquí tomaremos la número ocho hasta Dingwall, Luego tendremos que desviarnos parcialmente por la ochocientos treinta y cinco, en dirección a Ullapool. Es el camino mejor para llegar a Kinlochbervie.

—Lo que queda todavía —se lamentó Burnton, a la vez que se arrellanaba en el asiento.

—Sí, un poco —sonrió Darney, atento al manejo del vehículo.

—¿Sigue llamando Lynn?

—Con bastante puntualidad, cada cincuenta o sesenta kilómetros, cálculo que, imagino, hará a ojo.

—En cambio, no te ha dado la matrícula del vehículo en que viaja.

—No habrá podido verla.

El tiempo transcurrió con lentitud, mientras el coche avanzaba velozmente hacia el Norte. A aquellas horas, las carreteras estaban prácticamente desiertas.

De pronto, tras una señal de cincuenta kilómetros recorridos, Darney oyó una serie de pitidos.

Escuchó atentamente, contando las señales. Pronto pudo

averiguar de qué se trataba.

—Habrán parado y le habrá sido posible ver la matrícula —dijo.

Los pitidos habían despertado a Burnton. Las señales se repitieron de nuevo.

—Bueno, ahora ya sabemos que viaja en el coche de matrícula WBO-227 —dijo Darney.

—¿Qué ventaja calculas nos lleva?

—Entre cincuenta y setenta kilómetros. A juzgar por el intervalo entre las señales, hemos recuperado unos dos tercios del tiempo que nos llevaban de ventaja.

Un automóvil, largo y poderoso, les adelantó en aquellos instantes. Darney captó la imagen de un individuo al volante, pero no concibió la menor sospecha hacia el vehículo, ya que lo vio ocupado solamente por una persona.

Un minuto después, Struthers se levantó del suelo del coche, donde había permanecido escondido, para no ser visto en el momento del adelantamiento.

—Después de Invergarry y antes de llegar al desvío para Cluanie Bridge, Jerry —ordenó.

—Bien, señor —contestó el monolítico conductor.

* * *

Las horas transcurrían lentamente. Todavía era de noche cuando el automóvil en que viajaban los dos amigos cruzó Invergarry. Siguiendo los indicadores de caminos, Darney tomó la ruta número 87. Parecía que iba a alborear, ya que se divisaba a lo lejos, hacia el Sur, por tanto a su izquierda, el agudo pico del Ben Tee, a casi tres mil metros de altura. Las aguas del lago Garry parecían un espejo oscuro.

De repente, los faros del coche iluminaron un obstáculo situado en la carretera, algo así como un tronco de grandes dimensiones. Darney lanzó un grito de alarma, a la vez que golpeaba el volante a su izquierda.

—¡Cuidado, Quentin!

Burnton se despertó sobresaltado. Demasiado tarde comprendió Darney el engaño de que había sido objeto.

No había tal tronco, sino una gran bolsa de goma alargada, hábilmente pintada, según advirtió Darney en el momento de golpearla con la aleta delantera derecha. Pero el mal estaba hecho ya y no había medio de remediarlo.

El automóvil se salió de la angosta carretera y empezó a rodar por una pendiente bastante fuerte hacia las próximas aguas del Garry.

—¡Sube la ventanilla de tu lado, Quentin, rápido! —gritó el joven.

Burnton obedeció instantáneamente. Darney hizo lo mismo. La marcha del automóvil era ya irresistible.

Un par de segundos más tarde, el coche chocaba contra la superficie del lago, levantando una enorme masa de espumas. Arrastrado por la propia inercia, rodó todavía por el fondo del lago cercano a la orilla, hasta detenerse del todo.

—Conserva la serenidad y no nos ahogaremos, Quentin —aconsejó Darney.

Hilillos de agua entraban ya por la parte inferior del vehículo, en cuyo interior reinaba una absoluta oscuridad. Darney, a tientas, aseguró todos los cierres y luego decidió esperar.

—Respira sólo lo justo —dijo—. Aunque te parezca mentira, podemos aguantar diez minutos.

—El agua me llega ya a los tobillos —se quejó Burnton.

—Tendrás que aguantar hasta que te llegue a la boca.

En la superficie, dos hombres corrieron hacia el falso tronco. Struthers hizo una señal con la mano y Jerry quitó el tapón, lo que permitió que el aire escapase de la bolsa de goma.

Struthers se acercó a la orilla del lago.

El automóvil había desaparecido por completo. Una sonrisa distendió los delgados labios del individuo al ver emerger algunas burbujas a casi veinte metros de la orilla.

A pesar de todo, esperó cinco minutos largos. Luego, considerando cumplido el objetivo, dio media vuelta.

—Vámonos, Jerry; esos estúpidos no nos molestarán más —exclamó, rebosante de satisfacción.

Pero dentro del coche había dos personas todavía vivas.

—El agua está condenadamente fría —se quejó Burnton.

—Vale más pasar un poco de frío diez minutos que no toda una

eternidad —contestó Darney, inflexible.

—Hombre, por fortuna, tengo la pitillera…

—¡No fumes!

Burnton miró lastimeramente a su amigo.

—Serías un implacable capitán de barco de guerra —dijo.

Darney sonrió. El agua no había llegado aún a la guantera. La abrió y extrajo algo.

—Puedes mascar chicle —sugirió—. Eso te calmará los nervios notablemente.

Burnton accedió. Al entrar en el agua, Darney había cortado el contacto, a la vez que apagado todas luces del coche, con objeto de evitar algún cortocircuito nada beneficioso. El nivel del líquido seguía subiendo lentamente, en parte contenido por la propia presión del aire acumulado en el interior y que sólo escapaba muy lentamente, merced al cierre casi perfecto de las ventanillas.

Al sacar el chicle, Darney sacó también una pequeña linterna, con la que iluminó su reloj de pulsera. El agua le llegaba ya a la altura del corazón.

—Todavía podemos soportar cuatro o cinco minutos más —dijo.

—¿Y después?

—Escucha con atención, Quentin. En una situación como ésta, perder la serenidad es lo peor que puede suceder porque entonces sí que se muere ahogado. Cuando no podamos resistir más, abriremos muy despacio las ventanillas, a fin de que el agua termine de penetrar en el coche. De este modo, equilibradas la presión exterior e interior, se pueden abrir las portezuelas, caso de que no hayan sufrido alguna deformación a causa del accidente. Si ello resultara imposible, no te pongas nervioso, repito, y sal a través del hueco. No creo tengamos encima de nosotros más de cuatro o cinco metros de agua sobre nuestras cabezas y sé que eres lo suficientemente buen nadador como para aguantar un minuto la respiración y emerger a la superficie sin daños. ¿Has comprendido bien lo que deseo de ti?

—Sí, Alan —contestó Burnton.

Minutos después, el agua les llegaba ya a la barbilla.

—Ahora —dijo Darney—. Recuerda, abre muy despacio y, en cuanto quedes completamente sumergido, contén la respiración.

Segundos más tarde, los dos amigos quedaban completamente

cubiertos por las aguas. Pero merced a las precauciones tomadas por Darney, la apertura de las portezuelas careció de dificultades. El accidente, por fortuna, no había provocado graves deformaciones en la carrocería del automóvil.

Darney había resultado un tanto exagerado en sus cálculos: la distancia del techo del automóvil a la superficie del lago no pasaba de los tres metros.

—¡Viva, nos hemos salvado! —gritó Burnton alegremente, al poner el pie en la orilla.

Darney, sin embargo, no se sentía tan contento.

—¿Podemos decir lo mismo de Lynn? —murmuró, lleno de tétricos presentimientos hacia el futuro de la muchacha.

CAPÍTULO X

El pueblo de Kinlochbervie se divisó a lo lejos, pero el coche en que viajaba Lynn no llegó a cruzarlo siquiera. A unos tres kilómetros de distancia, el conductor, un individuo del que sólo sabía ella se llamaba Rob, golpeó el volante hacia su derecha, enfilando hacia lo que parecía una masa de arbustos espinosos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lynn, alarmada.

Moira le dirigió una amable sonrisa.

—Ahora lo sabrás —contestó.

Había sacado del bolso lo que parecía un pulverizador de perfume, pero en vez de aplicárselo ella misma, disparó un chorro a la cara de la muchacha.

—¿Qué hace? —protestó Lynn.

Casi en el acto, se sintió invadida por una laxitud infinita. Quiso moverse, pero le parecía que los músculos se le habían convertido en torcidas de papel mojado.

A pesar de todo, conservaba los sentidos. Podía ver y oír, pero no hablar. Sentía un miedo horrible, pero le resultaba imposible expresarlo con sonidos y menos con gestos.

Rob se apeó. Lynn vio que apartaba los arbustos a un lado. Luego, el coche abandonó la carretera de Kinlochbervie y pasó por un angosto caminejo, encajonado entre dos pequeños muros de roca. El chófer colocó los arbustos en su sitio y luego ocupó su puesto tras el volante.

El automóvil reanudó su marcha. Lynn pudo apreciar que el camino era apenas un sendero de cabras, sobre el que las ruedas del coche debían moverse a poca velocidad. Iban por el centro de una larga vaguada, flanqueada por colinas bajas, redondeadas, con escasa vegetación, de tétrico aspecto, en donde abundaba la turba y el brezo. El cielo estaba encapotado, cubierto por nubes de henchidos vientres y colores grisáceos.

Después de un tiempo que no supo calcular, el automóvil se detuvo al pie de una casa de piedra, en cuyas paredes había abundante musgo. La casa era grande, muy antigua, de planta y piso, y estaba situada casi al borde de un promontorio, cuya base, batida por las olas del mar del norte, se hallaba a unos veinte metros más abajo.

—Baja, querida —dijo Moira con voz persuasiva.

Lynn obedeció sin protestar. La mano de Moira asió su brazo y la empujó suavemente hacia la casa.

Un hombre abrió la puerta, de gruesos tablones de roble. Moira le dirigió una cálida sonrisa.

—Hola, Dick —saludó—. Mira qué espléndido ejemplar traigo.

El individuo contempló especulativamente a Lynn.

—Un poco delgada, ¿no crees? —dijo.

—Se le pueden hacer ganar tres o cuatro kilos —repuso Moira—. Será cuestión de un par de semanas.

Crompton Warphane, familiarmente conocido por Dick, asintió.

—Mientras tanto, puedo ir preparando el molde —dijo.

—Sí. —Moira se volvió hacia la muchacha—. Lynn, le presento a Crompton Warphane, uno de los más grandes escultores de nuestra época. Pero puede llamarle Dick, como hacemos todos.

—¿Cómo está, Dick? —saludó Lynn con voz neutra.

—Encantado, preciosa —rió Warphane—. Venga conmigo, le enseñaré algo muy interesante.

Lynn sentía que la cabeza le daba vueltas. Pese a todo, pudo darse cuenta de que atravesaban un espacioso vestíbulo y se detenían ante un muro de piedra, desnudo y sin adornos.

Un trozo del muro giró en silencio, dejando a la vista una oscura oquedad. Lynn avanzó unos pasos. El suelo se hundió casi a continuación.

Un gran subterráneo, sustentada su bóveda por varias gruesas columnas de piedra, apareció ante sus ojos. Había casi ocho metros del techo al suelo y, en un rincón, divisó lo que le pareció una enorme caldera, llena de un líquido que humeaba y burbujeaba con sordos chasquidos.

También vio muchas más cosas, entre ellas, los cuerpos de varias mujeres de color absolutamente blanco, tendidas sobre sendas mesas de piedra. ¿O eran estatuas?

Había también cuatro o cinco estatuas de bronce, todas ellas representando desnudos femeninos, situadas en pie, en uno de los rincones del subterráneo. Pero Lynn no pudo captar más detalles, porque Moira la empujó suavemente hacia una puerta situada en el extremo opuesto.

Un segundo ascensor la condujo hasta las alturas. Momentos más tarde, se hallaba en una habitación cuya ventana estaba protegida por una gruesa reja.

Al otro lado había un cristal ahumado que cubría el hueco por completo. Pese al torpor mental que la invadía, Lynn dedujo que el color oscuro del vidrio se debía a evitar que la reja fuese vista desde el exterior.

Moira la dejó sola.

—Descanse, querida —recomendó—. En seguida le traerán la comida. Está muy débil; tiene que alimentarse a conciencia y recobrar cuatro kilos que ha perdido estos días.

—Sí, señora —contestó la muchacha con voz átona.

* * *

—Bueno, no se puede decir que las tiendas de ropa para hombres en Invergarry estén muy al corriente de los dictados de la moda, pero, al menos, nos han permitido vestirnos —comentó Darney jovialmente, mientras se contemplaba en el espejo del armario de su habitación.

—Y, sobre todo, han admitido nuestros billetes, aunque estuvieran mojados —contestó Burnton.

Darney había repasado y engrasado de nuevo las pistolas, a fin de que funcionasen perfectamente en caso necesario, después de su permanencia bajo el agua. Ahora ya se sentían dispuestos para continuar el viaje de nuevo, tras haber prestado declaración ante la policía de Invergarry.

El joven había estimado conveniente hacerse responsable del accidente, por cansancio después de toda una noche al volante. Puesto que no había habido daños a terceros, el juez local le declaró exculpado.

Salieron de la habitación. Burnton se sentía quejoso.

—Hemos perdido un día casi completo, Alan —dijo, mientras descendían a la planta baja de la posada.

—Pero hemos salvado la vida —alegó Darney—. Y, lo que es más importante, Struthers cree que hemos muerto.

—¿Crees que Struthers tiene algo que ver con nuestro accidente?

—Estoy seguro de ello, Quentin.

El coche alquilado estaba ya al pie de la posada. Era un modelo algo antiguo, de cinco años antes, pero el propietario les garantizó un perfecto funcionamiento.

Momentos después, reanudaban la marcha. Era ya de noche cuando vieron las luces de Kinlochbervie reflejándose en las agitadas aguas del pequeño fiordo, en cuya orilla norte se encontraba.

En Kinlochbervie había dos posadas. Darney y Burnton eligieron la que les pareció podría ofrecerles mayores comodidades. Una rolliza mujer, de rostro rubicundo y brazos mantecosos, les atendió con la mejor de sus sonrisas.

—Soy la señora Thurness —se presentó—, aunque pueden llamarme Mollie. ¿Piensan permanecer muchos días en Kinlochbervie, caballeros?

—No podemos asegurar nada, Mollie —contestó Darney—. Mi amigo y yo estamos buscando escenarios naturales para una película y ello puede costarnos un tiempo indeterminado. Como puede comprender, recorreremos a pie los alrededores y tomaremos fotografías de los lugares que estimemos más interesantes.

—El paisaje es muy bonito aquí —dijo la posadera—. Deseo sinceramente que encuentren lo que buscan.

—Sobre todo, teniendo en cuenta que intervendrán muchas chicas, todas ellas jóvenes y atractivas, tal como se estila en las películas de hoy día.

Era un globo sonda lanzado por Darney, pero no dio resultados, al menos por el momento.

Mollie no pareció darse por aludida.

—No sabe nada —comentó Burnton más tarde, mientras cenaban frente a frente en el comedor de la posada.

—Es probable, pero todavía no he visto a una mujer de su clase que no sea parlanchina. Además, nuestra supuesta condición de peliculeros excitará más todavía sus ganas de comunicárselo a la

gente conocida. Alguien sabrá o habrá visto algún detalle que pueda interesarnos y, créeme, no tardará en comunicárnoslo.

—Ojalá sea como dices —suspiró Burnton.

* * *

Durante tres días, pasearon en vano por los alrededores de la población, la principal ocupación de cuyos moradores era la pesca. La pequeña cámara fotográfica que Darney había adquirido en Invergarry les servía a las mil maravillas para desempeñar su falso papel de hombres del cine. Pero en ninguna de las conversaciones con Mollie lograron saber nada de algún lugar donde se guardaran chicas jóvenes y bonitas, con fines nada decentes, a pesar de que Darney procuró insinuar el asunto de modo que la posadera no tuviese motivos para recelar de ellos.

—Estamos equivocados —dijo Burnton al tercer día, cuando se sentaban a la mesa para cenar.

—Joan Dickerson mencionó este pueblo claramente —alegó Darney.

—Sí, pero ¿qué casa grande hay que pueda darnos una pista? Para fundir las estatuas se necesita un local grande, dotado de la maquinaria correspondiente. Aquí, salvo los lastres de plomo de las redes y los perdigones de la escopeta de algún cazador, no se funde otro metal.

—Esa casa no está en Kinlochbervie —aseguró el joven—. La gente lo sabría de inmediato y, hasta ahora, ignoran el asunto por completo.

—Lo cual significa que Struthers y su panda actúan en el más completo secreto.

—Lógico, Quentin.

Mollie vino a poco con una sopera humeante en las manos.

—Tengo una noticia que puede resultarles interesante —dijo, mientras empezaba a llenar los platos de una aromática sopa de pescado.

—Estupendo —dijo Darney—. ¿Algún posible escenario para nuestra película?

—Parece que va a ser una cinta de estas modernas, con mucho

terror y muchas chicas guapas, en un ambiente tétrico, ¿no es así?

—Mollie, su clarividencia me maravilla —exclamó Burnton jovialmente.

Ella soltó una risita.

—No estamos aquí tan atrasados como parece —contestó—. Pero es posible que el escenario que buscan esté en Kechthwaite House —añadió.

—¿Dónde está eso, Mollie? —preguntó Darney.

—A unos doce kilómetros, junto a Cap Wrath. Es una casa que perteneció antaño a un tal Jonathan Kechthwaite, un corsario al servicio del rey. Hace ya algunos años que el último dueño murió sin herederos y, desde entonces, la casa está cerrada.

—Pero alguien tendrá la llave —opinó Burnton.

—El administrador, aunque creo que residen en Inverness. Sin embargo, pueden ver la casa desde fuera y juzgar si les gusta o no para su película. Si les gustase, tendrían que ir a Inverness para pedir la llave. Yo no me acordaba ya de Kechthwaite House, pero hoy me la ha mencionado un buen amigo mío. Es pastor de ovejas y recorre los páramos con frecuencia con su rebaño, aunque, algo supersticioso, no se acerca por allí demasiado.

Darney sonrió.

—Me gustaría hablar con su amigo el pastor, Mollie —dijo.

—Le enviaré recado en seguida —accedió la posadera—. No es por ganarme unos peniques, pero les sugiero le inviten a un par de copas. Eso desatará la lengua de Tom Syre.

—Completamente de acuerdo, Mollie.

* * *

Tumbados en una loma, cubierta de hierba grisácea, Darney y Burnton, al día siguiente, contemplaban el espectáculo de los acantilados, en cuyas inmediaciones se hallaba la casa del antiguo corsario. Era un edificio construido de acuerdo con los cánones arquitectónicos de finales del siglo XVII y, fuera por el ambiente o por su misma estructura, resultaba notablemente tétrico, casi con aspecto de fortaleza más que de casa de recreo.

Kechthwaite House estaba emplazada en el centro de un

promontorio, de paredes cortadas a pico, pero a un nivel algo inferior al borde del acantilado, de modo que según el punto de observación, podía pasar desapercibida. Un viejísimo camino, que no parecía utilizable, partía de la casa y se deslizaba por una larga vaguada, de trazado serpenteante, hasta perderse en el interior de la tierra firme.

—Si hay una fundición, ¿cómo no sale humo? —preguntó Burnton súbitamente.

—Pueden emplear hornos eléctricos…

—Sí, pero ¿cómo generan la electricidad?

—Un motor de aceite pesado, naturalmente.

—Que echará humo, claro.

—Pueden emplear filtros muy sofisticados, Quentin.

—Acaso tengas razón —convino Burnton—. Es más, yo creo, incluso, que el generador debe de estar escondido en un lugar donde, no sólo no se pueda ver, sino tampoco se pueda oír. Pero me pregunto cómo aguantarán esas pobres chicas el viaje hasta su punto de destino, empacadas dentro de un caparazón de metal.

—De aquí, al aeropuerto o al almacén de Hannahan, un día. Otro, máximo, de estancia en el almacén, suponiendo que no hayan hecho el viaje directo al aeropuerto. Uno más de vuelo hasta Oriente Medio; con los grandes aviones cargueros, hoy día esto es perfectamente factible. Y, por último otro más hasta… el harén.

—Total, cuatro días. Pero metidas dentro de la cáscara de metal.

—Ahora bien, deben de hacer, supongo, el viaje en estado poco menos que cataléptico, lo cual suspende sus funciones vitales al mínimo y permite una relativamente fácil supervivencia. Es bien cierto que están cuatro o cinco días sin comer ni beber, pero esto que parece un notable padecimiento, puede ser compensado más tarde con una o dos semanas de conveniente reposo y alimentación sana y sin restricciones.

—Queda el trauma mental, Alan. ¿Cómo despertará una chica que se haya visto encerrar en una de esas horribles estatuas?

—¿Sabrá siquiera si la encierran? Yo tuve la suerte de ver y hablar con la pobre Delia Moore, pero ella estaba como atontada, bajo los efectos de un ataque de amnesia, no sabía ni recordaba nada en absoluto.

—La drogaron.

—Exactamente, de modo que el trauma psíquico se producirá más tarde al recobrar el conocimiento en un lugar situado a miles de kilómetros de la Gran Bretaña y al darse cuenta de cuál es el futuro que aguarda a la desdichada que ha volado envuelta en metal.

—Bien, pero como por ahora no podemos hacer nada, ¿cuál es el siguiente paso, Alan? ¿Atacar la casa de frente?

—No. Tú volverás a Inverness y tratarás de hablar con el administrador de Kechthwaite House. Mientras, yo seguiré mi trabajo de observación hasta tu regreso. En un día puedes ir y volver fácilmente y, durante ese tiempo creo habré dado con una buena idea para lanzarnos al asalto de… la fundición de estatuas rellenas de señora.

—Viva —añadió Burnton humorísticamente.

Pero no era un asunto de broma, se dijo Darney, mientras pensaba acongojado en el horror a que debía de estar sometida Lynn Dickerson.

CAPÍTULO XI

Soñaba que se ahogaba, que estaba sumergida en un mar de algo sólido y bastante duro, que le impedía moverse a su satisfacción y que la oprimía el cuerpo por todas partes. Tampoco podía ver, y en cualquier momento, iba a perecer por asfixia. Era como si estuviese sometida a la acción de una fantástica prensa hidráulica que tuviese la forma de su cuerpo y que amenazaba con reducir su cuerpo a una mínima parte del tamaño habituar.

La sensación de ahogo desapareció súbitamente. Voces humanas llegaron a sus tímpanos, aunque no podía ver ni oír nada. Algo fresco y suave cayó sobre su cuerpo.

—Déjenme sola con ella —oyó Lynn una voz femenina.

Sonaron pasos que se alejaban. Lynn notó que la alzaban por los hombros. Una cosa dura y fría entró en contacto con sus labios.

—Beba, muchacha —dijo la mujer.

Ella obedeció casi con ansia. El líquido era tibio, reconfortable, con un vago regusto a alcohol. La mejoría llegó casi en el acto.

—Está tumbada en una cama. Yo la ayudaré a ponerse en pie.

Lynn siguió puntualmente las instrucciones de la mujer.

—Pero… no veo…

—Hay mucha luz; sus ojos han estado tapados durante bastante tiempo. Por ahora, los lleva cubiertos con una venda; ya llegará el momento de que se la quitemos, Apóyese en mi brazo sin miedo.

Lynn dio unos pasos torpes, notando que alguien le había calzado los pies con unas livianas sandalias. Vagamente se dio cuenta de que tenía puesta una bata de fino tejido sobre su cuerpo. Aquella bata era la única prenda que llevaba encima.

—Así, muy bien, no tema —dijo la mujer—. Dentro de pocos minutos se notará como nueva.

—Pero ¿qué me ha pasado? No sé nada…

—Ha estado enferma, muy enferma, a punto de morir. Sin

embargo, ya está fuera de todo peligro.

—Quiero irme de aquí, quiero volverme a mi casa de Londres…

—Pronto, muy pronto —contestó la mujer.

De súbito, se oyó un grito horripilante:

—¡No, no quiero entrar ahí! ¡Suéltenme…! ¡Déjenme libre! ¡Quiero marcharme de este horrible antro…! ¡Les digo que me suelten!

—Agárrala, tú —gritó un hombre, muy furioso.

Lynn se detuvo bruscamente.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó.

—Nada, no es nada importante —contestó la mujer, evidentemente, muy nerviosa.

—Quiero ver…

Moira, impaciente, tiró de la muchacha.

—Vamos —ordenó, con acento perentorio.

Los gritos y las imprecaciones continuaban *in crescendo*. De repente alguien emitió una orden furibunda:

—¡Detengan a esa loca!

Lynn oyó un golpe y un gruñido de dolor. El nerviosismo y la ansiedad hicieron presa en ella y dominaron su espíritu por unos momentos.

De un manotazo, se arrancó la venda. Entonces pudo ver que estaba en el sótano por donde había entrado en el día de su llegada.

Una mujer joven, completamente desnuda, corría enloquecida, perseguida por varios hombres. De cuando en cuando, se detenía para recoger alguna herramienta con la que defenderse, golpeando o arrojándola a sus perseguidores. De repente, alcanzó una escalera y trepó por ella, lanzándose a la carrera por una especie de pasillo en voladizo que contorneaba una buena parte del subterráneo.

Moira tiró de la muchacha. Ella la rechazó de un fortísimo empujón.

—¡Mala! —gritó, pues había reconocido a la secretaria de Burnton.

La interpelada se volvió bruscamente al oír pronunciar su nombre. Pero, al hacerlo, perdió el equilibrio y empezó a caer.

Un horrible alarido brotó de sus labios. Debajo de ella, a dos o tres metros de distancia, había un enorme recipiente de metal, que contenía un líquido humeante, en cuya superficie estallaban con

horrenda lentitud grandes burbujas.

—¡Cuidado! —chilló alguien.

Era ya tarde. Mala Scardroy se precipitó en el vacío y chocó contra el hirviente líquido. El impacto despidió a gran distancia grandes gotas de aquel líquido denso y pesado. Los gritos de horror que lanzaba la desgraciada quedaron cortados en el acto.

Lynn sintió que se le doblaban las piernas. Pero, de pronto, Moira gritó, pidiendo ayuda:

—¡Vamos, échenme una mano!

Dos hombres corrieron hacia ellas. Enloquecida de pánico, Lynn intentó resistirse, pero un chorro de gas le golpeó en la cara, dejándola laxa y sin fuerzas casi instantáneamente.

Struthers lanzó una maldición.

—Toda la aleación, echada a perder por culpa de un estúpido…

—La culpa no es mía, Milton —protestó Warphane.

—¿De quién, si no? El gas que ha preparado no siempre surte los efectos deseados. Mire lo que ha pasado con Mala Scardroy; recuerde a Delia Moore y sabrá si tengo o no razón.

—¿Qué quiere que haga? ¿Un gas narcótico más potente? Podría matarlas y, entonces, ¿de qué serviría todo? Hay que correr algún riesgo, ¿no? La naturaleza es distinta según las personas y si no es así, yo no conozco otro procedimiento de enviar las muchachas metidas dentro de una funda de metal.

Struthers apretó los labios.

—Muy bien —dijo—. Olvidemos este asunto ahora. Por el momento, lo más importante es ver qué hacemos con la mezcla que hay en el crisol.

—¿Qué podemos hacer? —rezongó Warphane—. Simplemente, abrir el desagüe inferior y dejar que corra al mar. A la noche, claro, para evitar posibles visitas por parte de algún pastor de los que merodean con sus rebaños por las inmediaciones de la casa.

—Pero está el cadáver de Mala…

—El cuerpo de esa chica no es ahora más que un puñado de cenizas, prácticamente disueltas en la masa de metal fundido —contestó Warphane.

Struthers se estremeció al oír aquella respuesta. Luego volvió los ojos hacia Lynn, que permanecía en pie, inmóvil, sostenida por Moira.

—Ella parece también muy refractaria al narcótico —dijo la mujer.

Struthers asintió.

—No tendremos otro remedio que hacer una prueba durante cinco o seis días —dispuso—. Doble ración de gas; si lo resiste, podrá viajar sin problemas.

—De acuerdo —contestó Moira.

* * *

Burnton llegó aquella misma noche a Kinlochbervie procedente de Inverness, con una noticia sensacional.

—El administrador de Kechthwaite House es nada menos que Milton Struthers.

Darney puso delante de su amigo una jarra de cerveza.

—Bien, ahora ya sabemos que no podemos presentarnos como posibles arrendatarios de la casa —contestó—. Tendremos que idear algún medio para entrar en ella, guste o no a sus actuales inquilinos.

—¿Se te ha ocurrido uno, Alan?

Darney asintió.

—Precisamente, en este mismo momento —respondió. Alzó la voz y llamó—: ¡Mollie!

La rolliza posadera acudió casi en el acto, secándose las manos con el delantal.

—Señor Darney…

—Voy a pedirle un favor, Mollie. Por supuesto, lo pagaremos bien; puede decirlo así a quien usted estime es el hombre que va a colaborar con nosotros. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor. ¿De qué se trata?

—Mi amigo y yo queremos examinar Kechthwaite House desde todos los ángulos posibles. Algunas de las escenas es posible sean tomadas desde el mar y para hacernos mejor una idea, necesitaríamos contratar una embarcación. Usted puede recomendarnos a algún pescador que quiera perder un día con nosotros, bien pagado, por supuesto.

—Ahora ya entiendo —sonrió Mollie—. Bien, creo que el

hombre adecuado es MacDonald Ferguson, discreto, hábil y competente. —La posadera soltó una risita—. Les seré franca, caballeros: Mac me pretende y creo que no le vendrán mal unas cuantas libras para los gastos de boda.

Darney sonrió. Mollie era viuda, pero se sentía muy triste sola, sin la compañía de un hombre en las duras y largas noches invernales de la parte más septentrional de Escocia.

—Está bien —dijo el joven—. Haga el favor de enviarnos al señor Ferguson cuanto antes.

—Vendrá dentro de pocos minutos, señor Darney —prometió Mollie.

Al día siguiente, una barca pesquera salió del puertecillo de Kinlochbervie y, tras cruzar a buena marcha las aguas del fiordo, llegó a mar abierto.

El tiempo era relativamente bueno, aunque había cierta marejada que agitaba la barca como una cáscara de nuez. Burnton dijo que no estaba seguro de no marearse, pero que, a pesar de todo, resistiría como fuese.

Tres horas más tarde, Ferguson tendió unas redes frente a la costa oeste de Cap Wrath. Darney se dijo que no debía correr el menor riesgo y se tumbó en la cubierta, tapado con una lona, que dejaba el espacio justo para poder sacar los prismáticos a su través.

Pasado un buen rato, llamó a su amigo. Burnton, envuelto en un chubasquero y con altas botas de agua, se arrodilló a su lado.

—¿Has visto algo de particular?

—Una cosa poco agradable: tendremos que atacar por la parte de tierra.

—Los acantilados defienden muy bien la casa, en efecto.

—Aparte de que no tenemos nada de alpinistas, no hay embarcación capaz de arrimarse a la orilla y menos en esta época del año —declaró Darney—. En cambio, he podido ver algo muy interesante.

—¿Sí?

—A cinco o seis metros del borde, justo frente a la casa. Es un orificio que no tendrá más allá de veinte o treinta centímetros. Sale gas o aire caliente por él; lo sé, por la refracción que produce la distinta temperatura en las capas atmosféricas.

—¿Aire caliente? —Se extrañó Burnton.

—O gas, también lo he mencionado. Recuerda que hablamos de la posibilidad de un filtro muy potente, que no permita la salida de la menor partícula sólida, procedente de la combustión del aceite pesado que debe de mover el generador.

—Ah, ya, el combustible que estalló en el almacén de la Miller's Agency.

—Exactamente. La furgoneta, a la vuelta, debe de transportar algunos barriles de fuel, destinados al generador. El filtro, o la batería de filtros que imagino, tienen como objeto evitar no solamente la salida de humos visibles, sino también de cualquier olor delator.

—Eso significa un químico de primera al frente de las instalaciones, ¿no crees?

—El narcótico empleado con las chicas es más que suficiente para demostrar mis afirmaciones —contestó Darney—. Y no digamos de esa aleación especial que tan bien imita al bronce corriente para estatuas.

—Muy bien —dijo Burnton—, y ahora que ya hemos visto algunas cosas interesantes, ¿se te ha ocurrido algún plan viable para asaltar Kechthwaite House con probabilidades de éxito?

Darney suspiró.

—Mucho me temo que habremos de consultarlo con la almohada —contestó.

Poco antes de atardecer, regresaron a puerto. Cuando desembarcaban, encontraron la aldea en plena conmoción. Había gritos, lamentos, imprecaciones y en algunos corrillos se hacían excitados comentarios.

Darney y su amigo regresaron corriendo a la posada. Ambos tenían la sensación de que estaba ocurriendo algo grave.

—Ha sido el fantasma del viejo corsario —contestó Mollie, a las ávidas preguntas de los dos hombres.

—¿Un fantasma? —Se asombró Darney. Hasta entonces, había tenido a las gentes de la aldea por bastante equilibradas, pero la creencia en un espectro era algo que le dejaba bastante perplejo.

—Sí, el fantasma —insistió Mollie—. Al viejo corsario no le gustaba que la gente se acercase demasiado a su casa y por eso ahuyentaba a todo el mundo, muchas veces a tiros.

—¿Contra quién han disparado?

—¿Disparar? ¿Quién ha hablado de disparar? —Exclamó la desconcertante posadera—. El fantasma sigue en sus trece de no querer dejar acercarse a la gente a su casa. No había más que una persona, Torn Syre, el pastor, y su rebaño con casi trescientos animales. Pues bien, más de sesenta ovejas han muerto fulminadas, como advertencia para que, en lo sucesivo, no se acerque más a la casa con sus animales.

CAPÍTULO XII

A la mañana siguiente, Darney y Burnton contemplaban el lugar donde yacían más de sesenta ovejas. Syre, el pastor, estaba junto a ellos, lamentándose de haber sido atacado por el fantasma del corsario.

Darney había procurado que todos quedasen al abrigo de unos altos matorrales que permitían ver sin ser vistos. La casa estaba a menos de quinientos metros y no sabía si en aquellos momentos había alguien vigilando el campo. Pero al joven le extrañaba la forma en que más de sesenta animales habían muerto instantáneamente.

De pronto, Burnton exclamó:

—Oye, Alan, parece como si el corsario les hubiera lanzado su rayo de la muerte. ¡Están todas en línea recta!

Burnton tenía buena parte de razón. Los animales muertos formaban como una larga hilera, aunque, en algunos puntos, aquella hilera era doble.

—Tom —se volvió de pronto hacia el pastor—. ¿Todas las ovejas murieron en el mismo instante?

—Sí, señor… Bueno, habría algunos segundos de diferencia entre la primera que cayó y la última, pero le juro que no pasó ni un minuto desde que el fantasma me mató la primera oveja…

Darney agitó la mano.

—Tom, présteme su chaquetón, el gorro de piel y su bastón. Quentin, no te muevas de aquí para nada —dijo.

—Está bien.

El cambio de indumentaria se hizo en pocos momentos. Syre era algo más corpulento que Darney y le pasaba casi veinte años, por lo que el joven adoptó su andar un tanto cachazudo, procurando imitar sus movimientos, por si era espiado desde la casa.

Minutos más tarde, alcanzaba la primera oveja. Se inclinó un

poco y examinó uno de sus ojos con gesto de preocupación. Siguió andando y deteniéndose de cuando en cuando, hasta que, de pronto, divisó algo que llamó profundamente su atención.

Alguien lo había olvidado en aquel lugar. Ni siquiera intentó guardar aquel objeto; le bastaba con que hubiera servido para averiguar la causa de la muerte de las ovejas.

Momentos más tarde, regresaba junto a los dos hombres.

—Vámonos —dijo.

—Tú has encontrado algo —adivinó Burnton.

—En efecto; he encontrado las pruebas de que no existe tal fantasma.

—Pero, mis ovejas… —clamó Syre.

—Alguien le indemnizará, no se preocupe, Tom. Dígame una cosa, ¿cuánto tiempo hacía que no se acercaba a tan poca distancia de Kechthwaite House?

—Meses, quizá un par de años… Ahora me había olvidado casi del fantasma.

—¿Quién más va por la casa?

—Nadie, señor; nadie se acerca a un lugar tan tétrico.

Darney sonrió.

—En Kechthwaite House conocen la leyenda del fantasma del corsario y quisieron hacerla efectiva con unos cuantos cientos de metros de cable eléctrico, sin aislamiento.

Burnton respingó.

—¡Cómo! ¿Electricidad? —adivinó.

—Sí, ésa, justamente, ha sido la causa de la muerte de las ovejas de nuestro buen amigo Tom Syre. Después de electrocutadas, retiraron los cables, esparcidos longitudinal y paralelamente y alimentados por el generador de la casa, pero quedó un trozo, que no he querido recoger por si me espiaban desde la casa.

—Bueno, pero es que pueden pensar que alguien tratará de averiguar la causa de la muerte de las ovejas —exclamó Burnton.

—Ellos conocen bien a la gente de Kinlochbervie y saben que lo más que harán es arrojar los cadáveres al mar. ¿No es eso lo que pensaba hacer usted, Tom?

—Sí, señor; pero me cuesta creer que mis ovejas hayan muerto electrocutadas.

—Lo crea o no, ésa es la pura verdad, pero usted nos va a hacer

el favor de seguir declarando que esos animales han muerto por la acción del fantasma. ¿Lo hará, Tom?

—Sí, señor, lo que usted mande —contestó el pastor.

—Y este incidente nos ha servido de advertencia a nosotros, para que guardemos las debidas precauciones cuando vayamos al asalto de Kechthwaite y evitemos así acabar como las ovejas de Tom Syre.

* * *

—Habría que saber cuál es el lugar más apropiado para entrar —dijo Burnton, tendido en el suelo, a menos de cien metros de la casa.

El edificio aparecía sombrío, completamente a oscuras. Darney sabía que había gente en su interior, pero todos los orificios habían sido herméticamente tapados, a fin de que no trasluciera al exterior el menor rayo de luz.

—Y quizá tengan algún sistema de alarma —añadió Burnton.

Darney callaba. Hasta sus oídos llegaba el rumor de la resaca que batía los acantilados. De pronto, se puso en pie.

—Vamos —dijo—, tenemos que encontrar el punto flaco de esa fortaleza.

Iban provistos de algunos adminículos y herramientas, tales como cuerdas, cortafríos, alicates y hasta un diamante de vidriero. Naturalmente, no se habían olvidado de las pistolas.

Darney llegó ante el gran portón y tanteó suavemente la cerradura.

Una mueca de disgusto se dibujó en su rostro.

—Para abrirlo sin llave, se necesitarían una docena de cartuchos de dinamita —dijo.

Dieron la vuelta a la casa. En la fachada que daba al mar había claras señales de que en tiempos había existido allí otra puerta, pero ahora el vano aparecía tapiado con recios sillares. Salvo las ventanas, no había otra forma de entrar en el edificio, ya que incluso los orificios de ventilación del sótano habían sido igualmente tapiados, a ras del suelo.

Darney decidió probar una de las ventanas y cortó el cristal.

Separó un círculo de cincuenta centímetros de diámetro y halló que era muy grueso y de color extrañamente oscuro. Al otro lado del vidrio había una sólida reja de gruesos barrotes de hierro.

—La puerta, no hay otra solución —dijo.

—¿Romperás la cerradura a tiros?

—No, sencillamente, llamaré.

Burnton se encogió de hombros.

—Me parece un disparate.

—¿Quieres decirme tú otro medio de entrar ahí?

—No, ciertamente, no —suspiró Burnton.

Y ya se disponían a pasar a la fachada delantera, cuando, de pronto, vieron venir a lo lejos un automóvil.

Los faros oscilaban con frecuencia, debido a las irregularidades del terreno. Darney tomó inmediatamente una decisión.

—Quédate aquí —ordenó.

El vehículo se detuvo momentos más tarde frente a la casa. Un hombre se apeó, dirigiéndose hacia la puerta, con ánimo de utilizar el pesado llamador de hierro, pero no tuvo tiempo de tocarlo siquiera.

Un objeto duro entró en contacto con su cráneo. Darney recogió al individuo en brazos, antes de que tocara el suelo, y lo arrastró hasta la esquina.

—Rápido, Quentin, vamos a atarlo y amordazarlo.

Burnton se dispuso a ayudar al joven. Pero la curiosidad le hizo sacar su linterna y enfocar el haz de rayos luminosos a la cara del desvanecido.

—Demonios, es Hannahan —exclamó.

—Y decía que no tenía nada que ver con este asunto —masculló Darney—. Está bien, luego le haremos hablar.

Momentos más tarde, Darney volvió a la puerta, acompañado ahora de Burnton, quien se quedó a un lado. Darney encendió de nuevo los faros del coche, a fin de deslumbrar al observador que acudiese a su llamada.

El pesado llamador de hierro emitió unos sonidos que rebotaron con fuertes ecos en el interior de la casa. Alguien los oyó y dijo:

—Debe de ser Hannahan. Rob, ve a abrir.

—Sí, señor.

El individuo cruzó la sala, abrió, salió al vestíbulo, alumbrado

solamente por un par de lámparas de poca potencia, y observó a través de la mirilla, viendo una silueta en pie, a contraluz de los faros encendidos del automóvil. Satisfecho, Rob descorrió el cerrojo e hizo girar uno de los pesados batientes de la puerta.

—Buenas noches, señor Hannahan —saludó cortésmente.

—Buenas noches, amiguito —contestó alguien que no era precisamente el anticuario. Pero Rob no pudo lanzar una voz de alarma, porque una cosa fría se apoyó sobre su labio superior—. Si gritas, considérate baja en el mundo de los vivos —amenazó Darney.

* * *

Dormía profundamente, cuando alguien la sacudió con fuerza.

—Vamos, despierta, despierta.

Lynn Dickerson abrió los ojos y vio inclinada sobre ella a una joven que le resultó desconocida.

—Despierta, despierta.

Lynn hizo un esfuerzo y se sentó en la cama, a la vez que se pasaba una mano por la frente.

—¿Qué… sucede? —preguntó con voz torpe—. ¿Quién eres tú?

—Me llamo Sabrina Uthman, pero eso no importa ahora… Lo que importa es que vamos a poder escapar.

—¿Escapar? ¿Adónde?

Sabrina tenía algo en la mano. Parecía un tubo, del que brotó un gas que fue a parar a la nariz de la muchacha.

—Inspira hondo —dijo—. Fuerte, a fondo, llénate bien los pulmones de aire.

Lynn hizo lo que le decían. El torpor mental que sentía pareció desvanecerse un tanto. Sabrina lanzó más gas a su cara, insistiendo en que debía realizar largas y profundas inspiraciones.

Al cabo de unos minutos, Lynn se sintió casi completamente bien. Miró a Sabrina y vio que sonreía.

—¿Cómo sabes que podremos escapar? —preguntó.

—¿Cómo he llegado hasta tu cuarto, sin llave? Pero hay más chicas encerradas y las vamos a liberar.

—Esos criminales…

—Están todos durmiendo ahora, no nos verán —contestó Sabrina con aire de suficiencia—. Y es preciso que nos larguemos, antes de acabar en el interior de una cáscara de hierro dorado.

Los recuerdos volvieron de golpe a la mente de Lynn. En un instante, lo comprendió todo.

—¿Qué gas es ése? —preguntó.

—Oxígeno puro. Es lo que mejor resulta para, anular los efectos del gas narcótico que nos dan a diario en esta maldita casa.

—Pero tú, ¿cómo has conseguido…?

Sabrina lanzó una risita.

—Por lo visto, soy bastante refractaria al gas y no siempre me quedaba dormida. Empecé a pensar en la mejor forma de salir de aquí y me di cuenta de que sólo había una: conquistar a Warphane.

—¿Quién es ese hombre?

—El genio de la escultura, que toma los moldes de nuestros cuerpos con escayola y luego los reproduce en metal. Después, nosotras vamos a parar al interior de esa cáscara, para viajar sabe Dios adónde…

Lynn asintió. Ahora recordaba el ahogo que había sentido, mientras tomaban un molde de su cuerpo en escayola. Con éste, reproducirían en yeso su cuerpo, fabricando una figura completa, que luego serviría para el molde definitivo, en donde se vaciarían las dos mitades que componía una de las estatuas de metal.

—Pero yo, que no soy tonta, encontré el medio de salir de aquí. Warphane se había dado cuenta de la casi nula efectividad de su gas en mi organismo y vino un día a estudiarme. Entonces fue cuando yo le hice mi primera proposición. Le ha costado decidirse, pero, al fin, ha aceptado.

—¿Qué ha aceptado?

Sabrina volvió a lanzar una risita.

—Esta banda de granujas ganan mucho dinero con su *exportación* de señoras guapas, pero lo que Warphane consigue es infinitamente menos que lo que yo puedo proporcionarle. Hablando claro, lo he sobornado.

—Eres lista —sonrió Lynn, admirada.

Sabrina le guiñó un ojo.

—Además de una cara agradable y un bonito cuerpo, tengo otras cosas debajo del pelo —contestó—. Anda, date prisa todavía;

quedan cinco o seis chicas por despertar. Ninguna de nosotras debe quedarse en esta casa un minuto más de lo necesario.

Lynn hizo un gesto de asentimiento. Tiró a un lado las ropas y saltó rápidamente de la cama.

CAPÍTULO XIII

Rob fue atado y amordazado rápidamente. Cuando vio que el individuo no podía constituir un peligro, Darney corrió hacia una de las puertas situadas en el vestíbulo y la abrió de golpe.

Struthers y Moira conversaban apaciblemente. La sorpresa de la pareja resultó total.

—¡Darney! —gritó el hombre.

—Aquí me tiene, amiguito, dispuesto a darles un disgusto.

Moira parecía helada de terror.

—Pero…, ¿no me habías dicho que estaba muerto?

—Debe de tener siete vidas, como los gatos —mascullió Struthers.

—Cuando se conserva la serenidad, se puede salir de un coche sumergido bajo el agua —sonrió Darney.

Moira lanzó de repente un chillido.

—¡Hannahan!

—No se preocupe por él, está a buen recaudo, señora —aseguró el joven—. Como lo estarán muy pronto todos ustedes. Ah, por cierto, señor Struthers, todavía no le he agradecido el regalo del gatito.

—Debió haber estimado mis advertencias —dijo el aludido hoscamente—. Por muy armado que esté, no conseguirá salir con vida de esta casa.

—Veremos —contestó Darney llanamente—. Por cierto, ¿cómo pudo el estúpido de Pawan enviar a lord Guthford la estatua con el cadáver de Scylla Watson en su interior?

—Scylla era una devolución, no gustó al destinatario.

—Y ustedes, que no sabían ya qué hacer con ella, la mataron.

—Tenía el corazón muy débil, por lo visto, y no pudo resistir una aplicación de gas. Entonces, encerramos su cuerpo en una de las estatuas; era el mejor medio de deshacernos de ella. Pero no

pensábamos venderla, como puede suponer.

—El caso es que alguien se equivocó y la estatua apareció en casa de lord Guthford.

—Queríamos hacerla desaparecer muy lejos de aquí. Pawan, insisto, se confundió.

—Y ustedes, para que no hablara, lo mataron y arrojaron su cuerpo al Támesis.

Struthers se encogió de hombros.

—¿Tiene alguna prueba de cuánto dice?

—En alguna parte hay una fundición de metal. —Darney golpeó el suelo con el tacón de su zapato—. Probablemente, bajo este mismo suelo. El escape del generador asoma por los acantilados a cinco o seis metros del borde.

Struthers le dirigió una involuntaria mirada de admiración.

—¿Cómo lo sabe? El gas sale absolutamente limpio.

—Pero el orificio del escape se ve desde el mar. Y, a veces, uno se viste de pescador para estudiar la casa desde otro punto de vista.

—Demasiado astuto. —Struthers meneó la cabeza—. Me pregunto si no hubiera resultado mejor contratar un asesino profesional. Rápido, seguro y discreto.

—Ahora ya es tarde para lamentaciones —dijo Darney—. Por favor, ¿quieren acompañarme al lugar donde tienen secuestrada a la señorita Dickerson?

—Ya no está aquí —intervino Moira repentinamente.

—¿La han enviado al extranjero?

Moira hizo un signo afirmativo.

—Hace dos días —mintió.

La boca de la pistola apuntó directamente a la cara de la mujer.

—Voy a comprobarlo —dijo Darney—. Ustedes me acompañarán, habitación por habitación; pero antes de salir de aquí, les haré una advertencia; usted, señora Farquhart, será la primera en morir si intentan algo sospechoso. Le aseguro que no bromeo en absoluto, puede creerme, señora.

Moira se puso lívida. El acento de Darney tenía unas notas que no permitían ignorar la amenaza contenida en sus palabras.

—Vamos, pónganse en pie.

Struthers y la mujer obedecieron. De repente, un hombre irrumpió en la sala.

—Milton, he visto arriba un par de puertas abiertas…

Warphane se interrumpió en el acto. Antes de que pudiera decir nada, una pistola se apoyó en su espalda.

—Levante las manos, amiguito —dijo Burnton.

Warphane obedeció en el acto. Burnton guiñó un ojo.

—¿Lo he hecho bien? —consultó.

Darney asintió.

—Has llegado en el momento justo —elogió.

—Oigan —dijo Warphane—, yo ya había hecho algo para arreglar este asunto… Ya me he salido de él y…

—¿Ah, sí? ¡Qué oportuno! —comentó Darney sarcásticamente—. Vamos, camine por delante y guíenos al lugar donde tiene instalada su maldita fundición.

—Le aseguro que es cierto…

—Maldito traidor —barbotó Struthers.

—Cállense todos —ordenó Darney perentoriamente—. ¿Quién es usted? —Se dirigió al recién llegado.

—Crompton Warphane. Yo… yo soy el que prepara las estatuas de metal.

—Un metal bastante deleznable, todo hay que decirlo.

—No puede ser muy tenaz ni resistente, debido a que es preciso romperlo más tarde. Además, posee un alto índice de porosidad, ya que, de lo contrario, el cuerpo humano no podría respirar lo necesario.

—Vamos, que han pensado en todo —comentó Burnton mordazmente.

—¿Ganaban mucho dinero con cada estatua *rellena* de mujer? —preguntó Darney.

Warphane se encogió de hombros.

—Pregúntele a ellos —contestó.

—¿Struthers?

El aludido hizo una mueca.

—¿Qué diablos le puede importar? —rezongó.

—Diez mil —dijo Moira, desafiadora.

—Un bonito negocio —observó Burnton.

—Pero con muchos gastos —supuso Darney.

—Bien, aunque en cada estatua sólo ganasen cinco mil limpias, teniendo en cuenta la cantidad de ellas que han enviado, la cifra

total resulta casi astronómica.

—Repito que yo ya quería dar por terminado este negocio. Lo considero horripilante —exclamó Warphane.

—Un poco tarde, ¿no le parece? —dijo Burnton con sorna.

—Creo que ya hemos hablado bastante —intervino Darney—. Vamos al subterráneo. —Se volvió hacia Struthers y Moira—. Y si Lynn ha muerto, haré que Warphane les meta en sendas estatuas de metal… ¡fundiéndolo sobre sus propios cuerpos!

—Lynn está viva —dijo Warphane, ansioso de congraciarse con los asaltantes.

—El maldito traidor —rezongó Struthers, despectivo.

—Vamos, caminen ya —exclamó Darney, que empezaba a hartarse.

Warphane echó a andar en primer lugar.

—Yo les enseñaré por dónde se llega al subterráneo —dijo.

Darney frunció el ceño. En la actitud del individuo había algo más que deseos de salvarse de lo que ya debía de considerar como derrota definitiva.

Momentos después, entraban en el ascensor.

—El cuerpo de las jóvenes se recubría con una malla de fino tejido de seda, a fin de evitar el contacto directo con el metal —explicó Warphane, mientras el aparato se hundía en el suelo—. La temperatura de fusión es relativamente baja, por eso se pueden juntar las dos mitades con un sencillo soplete, de llama muy baja.

Darney recordó el ruido que había percibido en el almacén de la tienda de Hannahan cuando volvían a poner a Delia Moore en el interior de una estatua hueca.

—Y todo eso lo ha ideado usted —dijo.

—Bueno, Hannahan me contrató.

—¿Y Otterburn?

—¿Otterburn? No conozco a ningún tipo de ese nombre —declaró Warphane.

—Es mi hermano Andrew —confesó Struthers de mala gana—. Hannahan quería ya retirarse del negocio, sobre todo, después del asunto de Scylla Watson, y tuve que enviar a Andrew a la tienda.

El ascensor se detuvo en aquel instante. La puerta se abrió automáticamente.

—Salgan los tres con las manos en alto, sobre la nuca —ordenó

Darney.

Warphane fue el primero en obedecer. Struthers y Moira le siguieron en el acto. De pronto, Darney sintió que una fuerza irresistible le arrebataba la pistola.

Burnton se volvió. Un enorme puño entró en contacto con su mandíbula y perdió el conocimiento instantáneamente:

Struthers lanzó un grito de júbilo:

—¡Bravo, Jerry!

Darney se había agachado, intentando recuperar la pistola de su amigo. Una rodilla le golpeó el pómulo, derribándole a un lado, medio atontado, sin fuerzas para intentar reaccionar.

* * *

Los ojos de Struthers se fijaron malignamente en el amedrentado Warphane.

—Conque pretendías traicionarnos —dijo.

—Yo… —Warphane tragó saliva—. Lo… lo hacía sólo para ganar tiempo y…

—Jerry —llamó Struthers.

—¿Señor?

—Carga con ese traidor. Yo te diré lo que vas a hacer con él.

—Sí, señor.

Warphane lanzó un agudísimo chillido de terror. Pero era menos que un pelele en los robustísimos brazos del gigante.

Darney se movió de modo maquinal. Una cosa fría se apoyó en su sien.

—Quieto —dijo Struthers—. No me obligue a volarle los sesos. Para usted tengo algo muy especial.

—Una estatua —adivinó el joven.

—Exactamente, aunque sin orificios nasales. Jerry, me parece que el amigo Warphane tiene los pies fríos.

—Sí, señor —rió el gigante. Su risa era la de un loco, venenosa, estremecedora.

Warphane chillaba de un modo espeluznante. Jerry subió por la escalera y caminó a lo largo del voladizo, hasta situarse justamente sobre el enorme recipiente de metal, lleno de metal fundido.

Darney contemplaba la escena, pensando que se hallaba bajo el influjo de una pesadilla. Pero la razón le decía que no había tal sueño, sino que todo era real, verídico.

Jerry agarró al químico por las muñecas y lo suspendió en el aire. Warphane pataleó frenéticamente, pero Jerry lo hizo descender y sus piernas entraron en el metal fundido.

Un horripilante alarido brotó de su garganta. Struthers reía demoníacamente. Moira, en cambio, había vuelto la cabeza.

—Hasta la cintura —rugió Struthers.

Los gritos de Warphane se hicieron atroces. Con el rabillo del ojo, Darney miró a Struthers y vio una morbosa satisfacción en su rostro. Aquel hombre, se dijo Darney, tenía la mente enferma, de otro modo, no se comprendían tales sentimientos.

Ahora la voz de Warphane era un inhumano gorgoteo. El olor a carne quemada era intensamente repulsivo.

—Suéltalo ya, Jerry.

El gigante obedeció. De repente, se oyó un fuerte crujido.

Las tablas del voladizo eran menos fuertes de lo que aparentaban y el peso de Jerry las hizo ceder. Lanzando un terrible chillido, el gigante se precipitó al vacío.

En el último instante, consiguió desviar un tanto la caída, pero su brazo derecho se sumergió enteramente en el líquido ardiente. El grito que exhaló al sentir el contacto con el metal fundido taladró cruelmente los tímpanos de Darney.

Jerry cayó por tierra, revolcándose como un poseído.

—Mi brazo… mi brazo.

Jirones de carne quemada se desprendían junto con enormes goterones de metal líquido. Darney vio blanquear un hueso y se sintió acometido por una terrible náusea.

—¡Milton! ¡Acaba con él! —chilló Moira, espeluznada.

—Sí, querida —contestó Struthers.

Se acercó a Jerry y, fríamente, le disparó dos tiros a la frente. Los movimientos del individuo cesaron en el acto.

Struthers se revolvió velozmente y apuntó a Darney.

—Quieto —dijo.

Darney estaba todavía un poco aturdido y su facultad de reacción se había hecho lenta. Moira, temiendo algo, se separó de él.

—¿Qué piensas hacer con Darney? —consultó.

Los ojos de Struthers despidieron un brillo infernal.

—Ya lo he dicho antes —respondió—. Una estatua especial para él. Tráeme un pulverizador de gas, querida.

—Sí, Milton.

—Usted, Darney, ya puede empezar a quitarse las ropas —ordenó Struthers.

El joven obedeció. Sólo temía al gas en aquel momento, sabía que, apenas lo narcotizasen, habría perdido todas sus posibilidades.

Lentamente, se despojó del chaquetón que llevaba sobre el resto de la indumentaria. Luego, con gran parsimonia, empezó a quitarse los zapatos.

Moira volvió y entregó algo a Struthers. Éste se acercó al joven, con la pistola en una mano y el pulverizador en la otra. Hizo presión sobre la válvula, pero no salió nada.

—¡Está vacío! —chilló.

—No veo más cápsulas —contestó Moira.

—Ese condenado Warphane… Seguramente, se olvidó de producir más gas… Bueno, lo mismo da; podemos tomar el molde primario sin necesidad de narcotizarle. Ven aquí, Moira.

Darney se había quitado ya el pulóver que llevaba bajo el chaquetón. Todos sus movimientos eran deliberadamente lentos, tendentes en todo instante a la ganancia de tiempo que le permitiera salvar no sólo su vida, sino la de su amigo Burnton, quien seguía inconsciente en el suelo.

Struthers entregó la pistola a la mujer.

—Apúntale con todo cuidado, pero siempre a cinco o seis pasos de distancia —ordenó—. Si ves que hace un movimiento sospechoso, dispara. ¿Has entendido?

—Descuida, Milton —contestó ella.

Darney quedó desnudo de la cintura para arriba.

—Oiga, Struthers, esto de quedarme en traje de Adán, delante de una señora, no me parece muy correcto —objetó.

Struthers le miró sarcásticamente.

—Puede quedarse con el slip puesto —permitió—. Será como si llevase un traje de baño, lo cual no ofenderá la virtud de mi buena amiga la señora Farquhart.

—Sí, espero que ella sepa dispensarme —contestó Darney con

acento lleno de naturalidad.

Struthers se fue hacia un rincón donde habla una pila de sacos de pequeñas dimensiones y empezó a vaciarlos, uno por uno, en una larga caja de madera situada casi en el centro del subterráneo. Luego, por medio de una manguera arrojó agua sobre la escayola.

En el enorme crisol, el metal fundido seguía burbujeando siniestramente.

* * *

La mezcla estaba ya preparada. Sólo faltaba tomar el molde con el cuerpo de Darney.

Burnton se había despertado, aunque, aún conmocionado, apenas si podía percatarse de lo que sucedía a su alrededor. De repente, se abrió una puerta en el lado opuesto del subterráneo.

Siete u ocho mujeres, todas ellas jóvenes y bonitas, aparecieron chillando alborotadamente. Sorprendido, Struthers se volvió hacia ellas.

—Pero ¿qué diablos…?

Se oyó un grito agudísimo:

—¡Alan!

—¡Lynn! —contestó el joven.

—¡A ellos! —gritó Sabrina Uthman.

Aterrada, perdido el control de sus nervios, Moira hizo un disparo. Una de las chicas lanzó un gemido y se desplomó al suelo.

Darney se arrojó sobre la mujer y la golpeó con fuerza, derribándola al suelo. En el mismo instante, Sabrina cargaba sobre Struthers.

—¡Éste es el culpable! —vociferó.

Struthers intentó resistirse. Sabrina era más fuerte de lo que parecía y lo dominó con una llave de judo, lanzándolo luego contra el crisol, contra el que chocó con terrible impacto.

El recipiente se estremeció. Parte del líquido saltó fuera. Algunas gotas cayeron sobre la cara de Struthers, arrancándole un horrible alarido de dolor.

Darney presintió que podía suceder algo grave y saltó hacia Lynn, empujándola al fondo del subterráneo.

—¡Corran, chicas! —gritó.

Las jóvenes se dispersaron. Enloquecido por el dolor, con el ojo izquierdo abrasado por el metal, Struthers se puso en pie, sin saber bien lo que hacía. Buscó un asidero y sus manos se aferraron al borde del recipiente.

Un espantoso estremecimiento sacudió su cuerpo. Agarrado al borde del enorme caldero, se movía epilépticamente. Moira, a cuatro o cinco pasos, contemplaba la escena con ojos horripilados.

De súbito, las sacudidas de Struthers rompieron el equilibrio del caldero. El metal fundido empezó a derramarse como lluvia de fuego sobre Struthers, de cuya garganta brotó un sonido, que parecía salido de un ser infrahumano.

Moira chilló. En el mismo instante, el crisol terminó de volcarse. Un chorro de ardiente líquido cayó en oleadas abrasadoras sobre el rostro de la mujer, a la que el dolor hizo escapar enloquecida. El resto del cuerpo, incomprensiblemente, había resultado indemne, salvo algunas pequeñas gotas de metal caídas en distintos puntos.

De pronto, Moira dejó de correr y se arrodilló. Alargó las manos, las apoyó en la pared y así se quedó, moviéndose con leves estremecimientos que se hacían cada vez menos perceptibles, hasta llegar a la quietud absoluta.

El calor era horrible en el interior del subterráneo, Darney decidió que lo mejor era subir a la superficie.

Una vez arriba, Lynn le explicó lo ocurrido.

—Algunas de las chicas estaban muy aturdidas por el narcótico y nos costó mucho volverlas a la normalidad —dijo—. Los dos ascensores tenían como objeto llegar a la parte posterior de la casa, donde estaban instaladas las celdas en que nos encerraban. Cualquiera que viniera a investigar, sólo encontraría una distribución normal del edificio.

—Sí, una idea muy buena, para unos fines perversos —convino el joven pensativamente, sabiendo que ya había terminado aquella pesadilla.

Un poco más allá, Burnton charlaba con Sabrina.

—De modo que están libres, porque usted sobornó a Warphane —dijo.

—Así es —contestó la joven sonriendo—. Me pareció el mejor medio y…

Burnton estudió a Sabrina de pies a cabeza.

—Estoy pensando, ya que me dedico a ello, que yo podría aconsejarla a usted en sus inversiones financieras. Es mi especialidad y, modestia aparte, tengo bastante buena fama en este sentido —dijo—. Además, soy soltero, tengo treinta y siete años y…

Sabrina sonrió de un modo peculiar.

—Creo que le nombraré mi asesor financiero, señor Burnton —dijo.

—Oh, por favor, Sabrina, llámeme Quentin.

Darney miró a la muchacha.

—No hemos podido salvar a tu hermana —dijo.

Lynn suspiró.

—A decir verdad, ya la daba por muerta desde que supe lo que le había pasado a Scylla Watson. Pero, en cierto modo, me alegro de haber colaborado en la salvación de unas cuantas chicas, destinadas a sufrir la horrible suerte de ser vendidas vivas —contestó.

—A ti te compraré yo viva, aunque no por dinero —sonrió Darney.

Ella sonrió.

—Espero que ofrezcas un buen precio —contestó.

—Te lo diré más tarde y espero que te guste. Ahora, por favor, aguárdame aquí un momento.

Darney regresó al subterráneo. A Otterburn ya lo atraparía en Londres.

El metal se había enfriado ya. En el lugar que había ocupado el cuerpo de Struthers había solamente una leve prominencia de forma alargada, inconfundible.

Moira continuaba arrodillada, en la misma posición en que la había sorprendido la muerte. Darney tocó uno de sus hombros.

Algo se desprendió del rostro de la mujer y cayó al suelo con sonido de metal de baja ley. Darney contempló con estremecimiento la blanca calavera de Moira, desaparecida la carne al ser consumida por el metal fundido.

Luego bajó la vista y contempló el trozo de metal caído al pie de la pared.

Era el vaciado perfecto de un rostro de mujer, el molde de la cara de una persona que había hecho del crimen y del vicio su forma de vivir.

Darney dudó un momento. Luego, con la puntera del pie empujó el molde a un lado. Seguidamente, a taconazos, lo convirtió en mil menudos fragmentos.

Era el fin de la fábrica de estatuas.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.